

—Mañana, dijo el Este, podrás colocarte en mi espalda, y creo que te llevaré sin dificultad; pero ahora cállate, tengo necesidad de dormir.

El Norte sopló y apagó la hoguera; la vieja, el príncipe y los cuatro vientos se recogieron en la caverna.

Calcúlese cuál sería la sorpresa del príncipe, cuando al despertarse se encontró en medio de las nubes; el viento Este había cumplido fielmente su palabra; le llevaba á la espalda, y estaba á tal altura, que los bosques, los campos, los rios y los lagos, no aparecian á sus ojos sino como el conjunto de un gran mapa iluminado.

—Buenos dias, le dijo el Este, todavía podias haber dormido un rato, porque aun no hay gran cosa que ver en el país llano que tenemos debajo, á menos que no encuentres entretenimiento en contar las iglesias, que parecen manchas blancas sobre una bayeta verde.

Así llamaba á los campos y las praderas.

—Tengo el disgusto de no haberme despedido de vuestra madre y vuestros hermanos.

—El sueño te disculpa, contestó el viento Este acelerando su vuelo.

Las hojas y las ramas triscaban en la cima de los árboles por donde quiera que pasaban; el mar y los lagos se agitaban; las olas crecian y los grandes buques, semejantes á cisnes, se inclinaban profundamente en el agua.

Al acercarse la noche, las grandes ciudades tomaron un aspecto muy curioso: millones de luces resplandecian aquí y allí, brillando como las chispas que corren por un pedazo de papel quemado. El príncipe, lleno de alegría, empezó á aplaudir, pero el viento Este le aconsejó que se estuviera quieto, sopena de caerse para quedar clavado en la veleta de algun campanario.

El águila vuela fácilmente por cima de las selvas negras, pero el viento Este volaba con más ligereza aun; el cosaco devora el espacio con su jaca ágil, pero todavía galopaba con más velocidad el príncipe.



De opuestas regiones del mundo.



—Ahora, le dijo su conductor, puedes ver el Himalaya, la montaña más alta de Asia.

En esto giró hacia el Mediodía, y pronto llegó á ellos el perfume de las flores; la higuera y el granado vejetaban de una manera admirable, y la viña silvestre aparecia llena de racimos blancos y rojos; los dos viajeros descendieron y se tendieron sobre la yerba; cuyas florecillas saludaban al viento como para decirle: ¡bien venido seas!

Estando allí llegó el viento Oeste y cogió al príncipe que dejó sobre la yerba el Este; sería muy largo de contar lo que en alas de estos dos vientos y en las de Norte, recorrió el viajero; vió desfilar los Alpes, cubiertos de nieve, con sus nubes y sus pinos negros, y oyó á los pastores que tocaban la bocina melancólica y cantaban en los valles; vió á los bananeros extendiendo sus inmensas ramas hasta alcanzarse unas con otras; vió las blancas montañas de la Nueva Holanda, las pirámides de Egipto, cuya punta tocaba con las nubes, las columnas y las esfinges derribadas y medio enterradas en la arena, las auroras boreales del polo, todas las maravillas, en fin, de opuestas regiones del mundo.

Pero nada le impresionó tanto como la escena que pudo presenciar en aquella escursion aérea.

Al pasar por cima de un pedazo de tierra que le dijeron se llamaba Europa, le fueron señalando otros pedacitos que tenían nombres determinados, pero cuya division apenas se distinguiria, á no ser porque en la orilla de algunas de ellas se veian grandes masas de hombres que se estaban matando porque cada pedacito dominara al vecino.

Al pasar por cima de otros pedazos mayores, que le dijeron se llamaban continentes, vió que tambien los hombres de uno se mataban porque murieran los del otro.

Al descender por algunos sitios, oyó que de todos los templos, de todas las iglesias; de todas las sinagogas, de todas las mezquitas, aunque con distintas formas y en diferentes lenguajes, se elevaban cánticos y plegarias al autor de cuanto habia re-

corrido: que en las opuestas regiones del mundo se cantaba al son de la flauta, del bambú ó de la guitarra, de la pandereta ó del tamboril; pero que toda la humanidad lloraba con la única forma y el único lenguaje conocido para expresar los dolores de la vida.

Cuando á petición de la madre de los vientos, hizo el príncipe la descripción de todo lo que habia visto en alas de sus hijos, terminando con las observaciones que acabamos de copiar, la vieja le dijo:

—Estoy contenta de tí; eres de los pocos mortales que aprovechan lo que ven sus ojos, y mereces un premio: voy á concedértelo, toma: aquí tienes la hoja de palmera en que el pájaro Fénix escribió con su pico la historia de los hombres desde que el mundo es mundo, lee:

El príncipe leyó:

«Pocas líneas bastan para trazar la historia de la humanidad.

«La tierra es una isla giratoria, donde el frío, el calor, el hambre, la sed, las enfermedades y cien fuerzas potentes, se encarnizan día y noche en la destrucción del hombre.

»El hombre debía comprender que es el asociado natural de todos los hombres vivos, sin distinción de color, de idioma, ni patria; que la reunión de todos los esfuerzos individuales, es la sola táctica capaz de vencer al enemigo común; que las fuerzas, los recursos y la inteligencia de toda la humanidad aliada, apenas bastarian á darle la victoria.

»Desde que el mundo es mundo, hasta hoy, no ha logrado penetrar esta verdad en el cerebro de los hombres; todo ese tiempo han empleado en añadir á las fuerzas destructoras naturales, fuerzas destructoras creadas por sus rivalidades miserables, sus ódios estúpidos y sus guerras criminales.

»Hé ahí la historia de la humanidad.»

El príncipe leyó y releyó cien veces lo que decia la hoja de palmera.

—Yo haré, exclamó, que la verdad penetre en el cerebro de mi pueblo, hasta que penetre también en su corazón: yo haré

que la práctica del bien tenga para él más atractivo que nada; que abrace en magnífica amistad á todos los que combatan con él en la gran batalla de la vida, y que la sola idea de matar y aun de herir á uno de sus compañeros de armas contra la flaqueza comun, le cause repugnancia y horror.

Dicho esto, despidióse de la madre de los vientos y se fué.

No sabemos si cumpliría su propósito, ni si aun cumpliéndole logró llevarle á cabo.

LAS DOCE PERLAS DEL COLLAR.

LEYENDA DE LAS ESCUELAS CHINAS.

Entre las innumerables calles de la ciudad llamada Kin-ling (la colina de oro,) esa espléndida población del celeste Imperio que los europeos conocen con el nombre de Kan-king (residencia imperial del Sur), hay una callejuela estrecha, larga y poco transitada, conocida con el nombre de la vía de los Inmortales de Agra (Narcisos). Esta se extiende desde la gran plaza del palacio de los Méritos (el colegio imperial), hasta la puerta del Dragon Fulminante, la novena puerta de las trece guarnecidas de hierro y practicadas en la muralla que cerca la ciudad.

La casitas que se extienden por ambos lados de la callejuela de los Inmortales, están cubiertas de cañas como las más humildes habitaciones de los campos. Un doble cercado de bambús entrelazados, une estas casas unas á otras, y sirve al mismo tiempo para defender sus jardines de los hurtos de los transeuntes. Pero estos son muy raros en esta calle, y no tendrían mucho que temer á los ladrones estos lindos jardincitos, á no ser

por la tropa de muchachos que acuden todas las mañanas á una hora fija, á una casa situada enmedio de la callejuela; casa de mejor apariéncia que todas las que la rodean. Esta habitacion tiene un nombre consagrado por el uso, nombre pomposo que se puede leer en grandes caractéres, inscriptos en la bandera que ondea delante de la entrada principal. Ahora bien: esta inscripcion dice: *Aquí está el palacio del estudio*. Que en lenguaje vulgar quiere decir: aquí hay una escuela pública: por debajo de esta inscripcion se lee: *Yang, talento en flor* (es decir, monsieur Mouton, bachiller en letras), por otro nombre, *Tching-suéng* (perfecta luz), *enseña á leer y á escribir á los niños, por el precio anual de una sarta de mil piezas de cobre* (7 francos 50 céntimos próximamente).

La escuela del bachiller Yang goza de gran reputacion entre las familias pobres del barrio; así, que es considerable el número de sus discípulos. Generalmente la callejuela de los Inmortales de Agua, está desierta y silenciosa; pero todos los dias hay un momento en que es extremadamente ruidosa: este es aquel en el cual concluyen las tareas de la escuela y echa á volar la nidada de pájaros charlatanes que á duras penas ha podido obligar á guardar silencio la severidad del maestro durante las horas de estudio. En vano Yang repite á sus discípulos al despedirlos el artículo del capítulo XI del reglamento de escuelas, que ordena: «Cada uno regresará á su casa en línea recta: los escolares no deben detenerse en el camino, ni reunirse para jugar;» apenas se abre la jaula, cuando los estorninos han olvidado la prudente recomendacion del maestro. El grito de emancipacion, lanzado como un hurra de guerra, siembra la turbacion y la inquietud en el corazon de los pacíficos habitantes de la callejuela. En cuanto este grito extridente y prolongado, que parte de cien bocas infantiles conmueve el aire y hiende el espacio, asoman por encima de cada vallado, de cada ventana y de cada una de las puertas de la callejuela, ojos que acechan activamente como el más vigilante centinela; esto consiste en que la hora de salida de la escuela es fatal para las frutas y flores de la vecindad.

Desgraciado del propietario que no vele entonces por su cercado, sentirá los efectos de haberse descuidado en tener el ojo atento, el oído abierto y el bambú en la mano, pronto para castigar á los merodeadores.

¡Ay del peral cuya flor pura y blanca es luminosa como la luna en medio de una noche apacible! ¡Ay del arbusto que produce el thé, inspirador de versos armoniosos! ¡Ay del almendro que rejuvenece bajo la benéfica influencia de la lluvias primaverales! Si alguno de aquellos pilluelos llega á penetrar á través del vallado de un jardín, nada hay respetable para ellos: ni el daphné de aroma embriagador, ni el loto plateado, ni el *mus-sando*, cuyos botones parecen diamantes. Sereis holladas por los piés de los bárbaros, calicautas de campanillas cuadradas, alza-tea de vaporosas nubes, y vosotras, peonías, que robais vuestro aroma al cielo, peonías cuyos nombres significan á la vez elegancia y riqueza; porque se os llama: la escalera de oro, el pabellon verde, el chispeante leon azul y el genio dorado. Ni vuestro brillo, ni vuestro perfume, os harán encontrar asilo en parte alguna una vez invadido el jardín, si los impíos devastadores han determinado apropiarse las frutas sabrosas ó el *yo-li* suspendido en ramilletes.

Así que todos los días, en semejante hora, reina un terror pánico entre los habitantes de la callejuela de los Inmortales de Agua; á pesar de la más activa vigilancia, siempre consigue introducirse algun merodeador á través del seto y saquea las frutas verdes ó maduras. Este hurto es doblemente sensible, porque casi siempre el bribonzuelo del niño pasa por encima de las flores para llegar á las frutas.

Volvamos al maestro Yang, por otro nombre, la Perfecta luz: su casa es de un aspecto más imponente que las de la vecindad; sobre su tejado brillan al sol las tejas blancas y barnizadas, signo distintivo de una habitación donde impera una honrosa medianía. Cortinas de paja de arroz finamente tejidas pintada de verde y que tiene por adorno aves fénix ostentando su brillante plumaje en medio de las llamas, reemplazan en las ventanas de

la habitacion baja y piso superior, la tela grosera que la clase pobre cuelga en la única abertura por donde penetra la luz en su morada. Con arreglo á lo prescripto en el libro de los ritos, la puerta principal ofrece desde su parte exterior un triple acceso, separado por dos órdenes de columnitas de madera tallada colocadas á igual distancia.

El maestro Yange tiene, pues, en su casa, una entrada de honor: por la de enmedio, reservada exclusivamente para él, es por donde vá á recibir y á despedir las visitas á quienes quiere honrar. En cuanto á la sirvienta, á las gentes de humilde condicion y sus muchachos, saben ya por el memorial antiguo de las ceremonias, que no deben entrar ni salir más que por una de las vías laterales de la puerta. Como en casa de los más ricos habitantes de la ciudad, hay en casa del bachiller Yang una pieza particular llamada *la sala de las Flores*; este es el salon donde se reciben las visitas, y contiguo á él está el recinto sagrado, *la sala de los Antepasados*. Esta sala es el templo de la familia. El jefe de la casa debe ir todos los dias al levantarse, á quemar una barita de incienso delante de la tablilla donde están inscriptos los nombres de sus abuelos. Nadie puede eximirse de esta piadosa obligacion, cualquiera que sea su rango ó su edad; hasta en casa de los pobres donde la misma sala sirve á la vez de habitacion para la familia y de establo para los animales, por reducida que sea la estancia, se tiene cuidado de reservar un rincon en el que se pueda honrar la memoria de sus padres que han dejado de existir. Cuando la escesiva miseria no permite proporcionarse el incienso que prescribe la costumbre, se quema un pedazo de papel sin mancha ó un poco de yerba, y basta para satisfacer la piedad y manifestar su veneracion. Este culto patético de los antepasados, cuyo origen se pierde en la oscuridad de los tiempos, debia necesariamente nacer en un pueblo que ha dicho: «Hacer mal, es olvidar sus padres.»

La mañana de uno de esos dias que los chinos llaman *Tsiei-ling*, y por los cuales dividen su año en veinticuatro periodos de quince dias, un desconocido llamó á la puerta del maestro Yang

mucho antes de la hora fijada para la apertura cotidiana de su escuela. Este hombre tenía la cabeza desnuda y afeitada, sin sandalias en sus piés; llevaba un palo de madera blanca en la mano y pendía de su cinturón una marmita de hierro suspendida de una cadena del mismo metal. En la forma del traje é insignias que le acompañaban, reconoció el maestro de escuela el *vestido de la ley*. El huésped madrugador era, seguramente, uno de los monjes adoradores de Budha que van por todas partes implorando la caridad para sus hermanos del convento.

Tan pronto como se abrió la puerta, el mendigo budhista pasó derecho por la entrada de honor, sin los cumplimientos acostumbrados. Esta manera de obrar en la casa de un desconocido, no podía menos de dar muy mala opinión de él al maestro Yang, la Perfecta Luz, tan conocido por su escrupulosa atención en practicar para con todos los ritos y ceremonias de costumbre. El mendigo, que había dado algunos pasos adelante, se detuvo para esperar al maestro de escuela, el que se apresuraba á cerrar la puerta á fin de introducir enseguida al impolítico discípulo de Budha en la sala de las flores.

—Supongo, le dijo el religioso limosnero, que pensais muy mal de mi modo de entrar en las casas ajenas, y que decis en vuestro interior:

«Hé aquí un hombre que no conoce la política.»

—Mi piadoso hermano mayor, replicó el maestro Yang, cuando una persona no se conduce delante de mí según las reglas de la recta razón, antes de vituperarle me examino á mí mismo y me encuentro tan lleno de imperfecciones, que no me creo con derecho para notar las faltas que los demás puedan cometer. Esta ley del exámen de sí mismos, está recomendada por nuestros libros clásicos. ¿No está escrito «que cada uno barra la nieve que obstruye el paso de su puerta, en lugar de mirar la escarcha que hay en el tejado de su vecino?»

El bouzo hizo un gesto de aprobación y entró en la sala de las flores el primero: sin esperar á que se le invitase, se sentó en el puesto de honor y comenzó á exponer al maestro de escuela

las necesidades de su convento y el motivo de su visita. Al mismo tiempo que se recomendaba á la caridad de Yang, hablaba con violencia contra la avaricia de los hombres. El maestro de escuela que se habia apresurado á preparar y servir á su huésped la taza de thé que se debe ofrecer á todo el que visita, sea amigo ó desconocido, suplicó al bouzo que tuviera á bien decirle á cuántas puertas habia llamado y cuántas negativas habia experimentado durante su cuestacion de la mañana.

—He llamado á tres puertas y solo la vuestra se ha abierto delante de mí, respondió el monje budhista; pero tampoco será útil para mi convento, porque sin duda debo contar aquí mi tercera negativa.

Yang, la Perfecta Luz, no replicó; pero fué á sacar de un cofrecillo una barrita de plata; cortó tres partículas iguales del precioso metal, las pesó y repesó para asegurarse de que tenian el mismo valor, colocándolas delante de su huésped, le dijo:

—No habéis mal de nadie, mi piadoso hermano mayor, y no digais en ninguna parte que las tres casas que queriais visitar esta mañana no se han abierto para daros la limosna que esperábais, porque hé aquí mi ofrenda y las de mis dos vecinos.

El singular mendigo volvió á hacer otro signo de aprobacion, y sin dirigir una palabra de gratitud al generoso hospitalario, echó las tres partículas de plata en el jarro de la ley (marmita de hierro de los sacerdotes budhistas). Despues de un momento de silencio, repuso el bouzo:

—¿Sin duda esperabais, estoy seguro de ello, algun signo de gratitud por vuestra triple ofrenda, y mi silencio os admirará?

—De ningun modo, replicó el maestro de escuela; vos nada me debeis; tambien está escrito: «Dar es restituir. Ser caritativo es pagar una deuda. El que dá limosna hoy, ha estado obligado á alguno ayer; al recibir con una mano, se contrae el compromiso de devolver con la otra, y en todas partes el pobre es el acreedor del rico.» Es la ley quien lo dice; como dice tambien para que las obras sean conformes al texto del libro: «Lo que el pincel del hombre ha escrito en la ley, no es más que la

palabra muerta; pero lo que el Señor del cielo ha escrito en el corazón del hombre, es la letra viva.»

El mendigo, dirigiendo una mirada de interés á aquel que hablaba con tanta modestia y sabiduría, al mismo tiempo que obraba con tanta sencillez y generosidad, iba á dirigirle algunas palabras de elogio, pero se detuvo de pronto y volvió á tomar su papel de censor, empezando por censurar el aspecto demasiado suntuoso de la casa, el exagerado lujo del mueblaje, que sin embargo, era muy sencillo; encontró mal que la pintura de la sala fuese de este color y no de otro. Dirigió sus miradas á la parte del jardín: ni el orden, ni la simetría que reinaban en él, ni el dibujo de las alamedas, ni la elección de las plantas, obtuvieron su aprobación.

El maestro de escuela, cuya paciencia no se desmentía, se contentó con responder á estas críticas:

—Esta pintura era el color favorito de mi madre; á mi padre le gustaba cultivar estas flores. Este jardín ha sido dibujado sobre el plano del que pertenecía á la casa donde nací. Tampoco he obedecido al capricho para amueblar así mi morada; pero respetando las tradiciones de familia, he consultado únicamente los recuerdos de mi juventud, para disponerlo todo en mi casa como veis.

Los instantes vuelan como la flecha, las horas son rápidas como la lanzadera del tejedor, ha dicho el inmortal de Necsufar, el sublime Li-tai-pé, el gran poeta de la China. Ahora bien, el momento del *Tsao-fau* (comida de la mañana) había llegado. Yang invitó á su huésped á tomar parte de un modesto almuerzo compuesto además del thé, acompañamiento obligado de todas las comidas, de un plato de mijo cocido, sazonado con la albahaca dulce y una ensalada de esa achicoria larga, delgada y amarilla que los habitantes del Celeste Imperio llaman ahujas de oro. El bouzo se puso á la mesa y continuó vituperando el orden del servicio, la calidad del mijo y la elección de la ensalada. El maestro de escuela se escusó de la medianía del festín con su poca fortuna, y tratando de contentar á un hombre tan difícil de

satisfacer, conservó su tranquilidad y su dulzura, á pesar de los injustificados ataques que se le dirigian. Viendo el huésped que era preciso atacar á Yang por otros flancos para obligarle á salir de su moderacion, el religioso budhista, que parecia se habia dedicado á escitar la cólera del maestro de escuela, le habló así:

—¿En qué consiste que no veo en vuestra casa ni siquiera una imágen del regulador de los diez mundos (Budha) ó de *Kuan-in*, el señor contemplativo? ¿Perteneceis acaso á alguna secta enemiga de mi santa creencia?

Al terminar la frase se levantó bruscamente de la mesa y trató de huir de la casa de Yang, como de la de un apestado.

—Mi piadoso hermano mayor, respondió el maestro de escuela despues de suplicar ceremoniosamente al bouzo que se tranquilizase; yo soy discípulo del Santo-Hombre (Confucio), mi culto es el de las letras; pero ¿acaso es esta una razon para que me abandoneis tan pronto? Desde los siglos más remotos tres religiones viven en paz en el seno de la Flor del Medio (imperio chino); ¿qué razon hay para que dos hombres que no practican los mismos ritos religiosos no puedan habitar algunas horas bajo el mismo techo? Sabreis muy bien que la pagoda de Budha se eleva sin temor al lado del templo de los discípulos de la Via y de la Virtud, y la academia donde se honra al Santo-Hombre que ha fundado mi fé religiosa no sufre perjuicio alguno por la vecindad de los dos templos. El mismo sitio puede vernos reunidos, puesto que el mismo sol nos alumbra y la misma ley nos protege.

—Hé aquí, dijo esta vez el religioso budhista, lo que yo llamo hablar como un sabio, y os felicitaria si no sospechara que no haceis más que repetir al azar las palabras dichas por otros. Si estuviérais realmente dotado del elevado talento que aparentais, le hubierais empleado para vuestro adelantamiento en los grados literarios. En lugar de ese título de bachiller, que es el último de todos, hubierais entrado en concurso para obtener el diploma de doctor. Quién puede creer que haya un hombre de mérito que

se mantenga en la humilde condicion en que estais cuando puede intentar que se le admita en el número de los ojos y oídos del Dragon (ministro en el Consejo imperial).

El maestro de escuela respondió sonriendo:

—Alimentar la ambicion en su corazon, dice el sabio, es llevar un tigre en sus brazos. Es temerario acercarse á aquel á quien el pueblo llama el Augusto Huérfano (el emperador llamado así porque no puede reinar hasta la muerte de su padre). El que mira al sol se queda ciego; el que escucha el trueno se queda sordo, y la campana de vidrio no puede exponerse á los golpes del martillo de oro.

—Seguramente este hombre es estúpido, murmuró el mendigo teniendo cuidado de hablar bastante alto para que le oyese su interlocutor: no tiene mérito alguno y tal vez no sirve ni aun para instruir los niños.

Yang, la Perfecta Luz, contestó á tan malévolas suposiciones invitando á su huésped á entrar en la clase, puesto que ya se oía el zumbido producido por las voces de los escolares reunidos en la calle.

El bouzo, fiel á su sistema impolítico, pasó tambien el primero, y en cuanto llegó al centro del templo del estudio, marchó sin cumplimiento á arrellanarse en el sillón del maestro, como si este último le hubiera invitado.

La clase del maestro Yang era espaciosa y bien iluminada; los bancos de los discípulos se elevaban en forma de gradería, formando un triple piso. Una mesa larga estaba sólidamente fijada delante de cada banco. Los puestos de los alumnos estaban designados tambien por la costumbre, ocupando los primeros los de más edad y no los más instruidos. En ese país, donde el derecho de primogenitura se respeta en todas partes, es la edad y no el mérito quien señala el rango hasta en la escuela; pero por una justa reparacion el talento y no la edad es quien eleva al hombre desde la más ínfima condicion á los empleos superiores.

La ciencia es tan honrada en la China, que ante el jóven instruido se inclina el anciano ignorante, y al hablarle, le llama:

« Mi hermano mayor. » Pero volvamos á la escuela del maestro Yang. En el sitio que cada discípulo debe ocupar hay sobre la mesa lo que llaman las cuatro cosas preciosas del estudiante : la barra de tinta, la piedra de borrar la tinta, el papel y el pincel hecho con pelos de lobo. En las paredes de la sala están inscriptas máximas tomadas de los autores clásicos ; por ejemplo, esta : « La instruccion es en el camino de la vida el triple apoyo del viajero (las dos piernas y el palo). » Ultimamente, en el punto más visible de la clase, encima del sillón del maestro, frente á la puerta, se vé escrito el decálogo de los escolares en gruesos caracteres chinos, que dice textualmente : « No dividas tu pensamiento (no seas distraido); —no unas confusamente las cosas (no seas embrollon); —no falsees tu pensamiento (no mientas); —guárdate de las muchas palabras (no seas hablador); —no hagas salidas vanas (sé constante en tu puesto); —no leas en alta voz; —siéntate convenientemente. »

Yang, al ver ocupado su puesto por el religioso budhista, tomó modestamente el partido de sentarse en uno de los bancos de la clase, y aun cuando habian trascurrido algunos minutos desde que se habian dejado oír en la calle las voces de los discípulos, sin embargo, los niños no parecian aun.

—¿Qué quiere decir esto? exclamó el bouzo irritado; ya ha dado la hora y los alumnos no están aun en clase. Ya decia yo con razon que el maestro Yang conocia tan mal su profesion que no sabe enseñar siquiera la exactitud á los niños.

Yang, la Perfecta Luz, ni siquiera se alteró al oír este apóstrofe, marchó tranquilamente á alcanzar una tablilla suspendida en la pared. En esta tablilla habia escritos multitud de caracteres, puesto que contenia más de cien párrafos. Era el reglamento oficial de las escuelas, redactado hace ciento cincuenta años por Chi-Kchig-Tin, legislador moderno de la enseñanza primaria en China. Yang colocó la tablilla ante la vista del huésped, y le señaló con el dedo el art. 24 que dice : « El primer dia y el 15 de cada luna, los alumnos, antes de entrar en la escuela, se saludarán unos á otros, y esperarán sobre el dintel de la puerta á

aquellos de sus condiscípulos que lleguen los últimos. El bouzo manifestó su aprobacion con un gesto; porque todo estaba estrictamente arreglado á las disposiciones del reglamento, puesto que en aquel dia comenzaba una de las veinticuatro divisiones del año, y por consecuencia á la ofrenda bimensual que los discípulos debian al maestro.

Reunidos, por último, todos los niños á la puerta del templo del estudio, se dirigieron á la clase formados y desfilando de dos en dos. Al llegar delante de una tablilla que contenia estas palabras: KHOUNG-FOU-TZE (Confucio) se inclinaron tres veces ante el nombre venerado de aquel que hacía más de mil años era el padre de los que se dedicaban al cultivo de las letras, patron de las escuelas y dios de los estudiantes. Despues de este triple saludo á la tablilla del Santo-Hombre, los discípulos del maestro Yang se dirigieron silenciosamente y con gravedad á la mesa del maestro para depositar en ella la ofrenda de la quincena; pero entonces se apercibieron de que otra persona ocupaba el sitio de su sabio profesor. La edad venerable del hombre que ocupaba el puesto de honor hizo que no extrañasen la sustitucion, pues sabian que cuando un extraño va á visitar una escuela, exige el ceremonial que el maestro le ceda su puesto y vaya á sentarse humildemente en un banco de la clase.

Lo mismo que si se hubieran encontrado en presencia del mismo Yang, comenzaron los niños á presentar los regalos de costumbre al bouzo cuestor. Unos presentaban una medida de arroz ó de mijo; otros, algunos montoncitos de thé, un pedazo de tela ó algun utensilio casero; por último, todos, sin distincion, segun la mayor ó menor riqueza y más ó menos generosidad, entregaron su presente. Detrás de los escolares, el bachiller Yang fué á su vez á inclinarse ante el extranjeró que tronaba en su puesto: pero Yang llevaba las manos vacías, así, que le dijo el bouzo con irónica sonrisa:

—Vais á faltar á los deberes de la urbanidad y de la conveniencia, porque el discípulo hoy no debe presentarse ante la mesa del maestro sin depositar en ella alguna cosa, y por lo que veo, nada teneis que presentar como ofrenda.

—Mi piadoso hermano mayor, se equivoca, replicó el maestro de escuela; traigo la buena voluntad del corazón, que es la más pura de las limosnas.

—También es la que más se prodiga, porque nada cuesta á quien la dá.

—Quizás encontrareis esta ofrenda ménos despreciable, añadió Yang, cuando una á ella lo que me destinaban hoy mis discípulos—y señalando los regalos de toda la clase, prosiguió:—Esto es vuestro; un discípulo del Santo-Hombre no debe apropiarse lo que se ha ofrecido á un adorador de Budha. El bouzo respondió, «acepto,» y dió la señal para empezar las tareas.

Los escolares ocupan sus puestos en los bancos de la escuela, y el mendigo budhista ocupa el lugar del maestro. En cuanto al honrado Yang, ocupa modestamente, con el mayor de sus discípulos, el puesto que generalmente ocupa este solo. Los niños empiezan á sacar de su saco de tela azul, su libro y las lecciones del mes, escritas en hojas separadas y unidas por una ébra de seda. Todos leen con la vista ó calcan en silencio en una hoja trasparente, los caracteres escritos en la página que sirve de ejemplo. El bouzo tiene delante de sí la barra de tinta encarnada y el pincel del maestro Yang: hojea las lecciones que ha de distribuir y marca con un rasgo de pincel los pasages sobre que debe detenerse principalmente el discípulo. El maestro de escuela observa á hurtadillas al forastero que ocupa su asiento y la actitud de este, la facilidad con que maneja el pincel, la rapidez de su exámen cuando pasa revista al cuaderno de las lecciones, admirán á Yang, la Perfecta Luz. No es un monje ignorante el que tiene delante. Si el bouzo se ha apoderado del puesto de honor, es porque es digno de ocuparle. Sin embargo, el bachiller no se atrevió á manifestar su sorpresa y comunicar sus sospechas á su vecino; el reglamento oficial prohíbe se interrumpa el trabajo con palabras inútiles; por esta razón se calla Yang, porque debe dar el ejemplo del respeto á la disciplina de las escuelas.

En cuanto llegó la hora de recitar las lecciones aprendidas la

vispera, se llamó á una seccion de la clase, la que se presentó ante el monje budhista como si fueran á responder á Yang en persona. Los escolares de la seccion son diez, segun lo prescrito, y se mantienen en la actitud recomendada con las manos colgando y los ojos bajos; á pesar de eso, el monje frunce las cejas y dice encolerizado:

—¡Desórden y confusion! Estos niños están tan mal educados, que hasta ignoran el órden que se debe observar cuando se trata de recitar las lecciones delante del maestro.—Pero aun no habia terminado la frase, cuando el discípulo de más edad de la seccion, marchó á buscar en un rincon de la clase el haz de baritas de bambú de diferentes tamaños; entrega el manajo al bouzo, y mientras este tiene el haz en sus manos, cada uno de los diez escolares saca al azar una barita y vuelve á su puesto para contestar segun la barilla que le ha tocado en suerte. El bouzo manifiesta con un movimiento de cabeza su satisfaccion, é interroga á los discípulos. Hay tanta seguridad en sus palabras, disipa con tanta habilidad los errores, sus observaciones son tan justas, sus citas tan exactas, que cada vez se acrecentaba más la admiracion de Yang y se aumenta el respeto que le inspira su huésped.

Las diferentes secciones de la escuela pasaron delante del bouzo observando las mismas reglas y guardando el mismo órden. Pero hé aquí que un incidente viene á interrumpir la recitacion próxima á concluir. Un escolar, en lugar de acercarse á la mesa del maestro, se alejó súbitamente, á pesar de que le tocaba su turno para contestar. El bouzo dirige una mirada irritada al maestro de escuela y le apostrofa diciendo:—¿Desde cuándo, dice, se permite al discípulo que no responda inmediatamente que se le pregunta? Si el niño ha sido holgazán, y por consiguiente ignorante, no se corregirá huyendo del castigo.

Yang, la Perfecta Luz, que habia comprendido perfectamente la intencion del escolar, no tuvo por qué avergonzarse, ni experimentó temor alguno por el niño, aun cuando esta reprension encerraba una amenaza. Con la mayor tranquilidad descuelga

nuevamente la tablilla que contiene el reglamento, y enseña al implacable censor el art. 39, que tiene por título: *Respeto debido á los caracteres escritos*. «Si el escolar vé en el suelo un pedazo de papel en el cual se hallen caracteres de escritura, se apresurará á recogerle y quemarle.» Y en efecto, mientras el bachiller enseña el texto del reglamento, el bouzo sigue con la vista los movimientos del niño que acaba de recoger un cacho de papel que el viento introdujo en la clase. Este papel, arrojado á la calle como cosa inútil, contiene tres ó cuatro caracteres insignificantes trazados únicamente para probar la flexibilidad del pincel; pero estas frases insignificantes bastan para hacer respetable el papel á los ojos de un escolar instruido de sus deberes.—«Dicho está, que á la invencion de la escritura deben los hombres el establecimiento de las relaciones sociales y la estabilidad en las leyes, por lo tanto, la escritura es sagrada.»—Así el niño se alejó del maestro para obedecer á las lecciones recibidas, y para su exacto cumplimiento, se apresura á quemar el papel que acaba de recoger, en el fuego del pevetero de perfumes que arde constantemente delante del altar de Confucio. Despues de cumplir este acto religioso, volvió á presentarse para responder á las preguntas que se le habian dirigido.

Terminadas todas las lecciones, y examinados escrupulosamente todos los escritos, el bouzo se levanta, y con un profundo espíritu de justicia, con la palabra grave y florida del magistrado acostumbrado á arengar á la multitud, distribuye á los alumnos palabras de elogio que vierten la alegría en sus corazones, como el licor perfumado en un vaso; ó la justa reprehension que, segun la enérgica expresion china, hace bajar los ojos del culpable para enjugar las lágrimas del arrepentimiento. Por último, dirigiéndose á todo el auditorio, termina con las siguientes palabras:

—Sed constantes en vuestras resoluciones, porque el sabio ha dicho: UN PENSAMIENTO DEBE DURAR DIEZ MIL AÑOS. Debeis ser prudentes en vuestra conducta, porque tambien se ha dicho: SI QUIERES OCULTAR LA HUELLA DE TUS PASOS, NO CAMINES SOBRE LA NIEVE.

Así mismo debéis ser discretos en vuestras relaciones, porque está escrito que: LA PALABRA DICHA AL OIDO DE UN AMIGO, SE OYE POR NUESTROS ENEMIGOS A DISTANCIA DE MIL *li* (cien leguas). Consagraos con asiduidad al estudio; porque los antiguos decían: *El árbol sin ramas se le llama tronco inútil*; el hombre sin ciencia se llama ciego. Guardaos de calumniar y de maldecir, porque también se ha dicho: «Los hombres tienen en la boca un hacha, con la cual destruyen su propio cuerpo.» Por último, creced en el amor de la sabiduría, que es el medio de llegar á la inmortalidad, pues escrito está que: Los diez mil pueblos pertenecen al emperador, pero los diez mil siglos pertenecen al sabio.

Terminado este discurso, el religioso budhista se dirigió á Yang, la Perfecta Luz, y le preguntó:

—En mi puesto, ¿hubiérais obrado de otra manera, hubiérais hablado mejor?

El maestro, menos sorprendido por el tono de autoridad de su huésped que maravillado de la sabiduría de su discurso y de la dignidad de su actitud en el puesto de honor, respondió inclinándose:

—Sois un ilustre preceptor, mi piadoso hermano mayor, y mi debilidad se inclina ante vuestra superioridad.

—¿Vuestra debilidad? repitió el bouzo volviendo á tomar su continente severo; vamos á juzgaros ahora mismo. Hasta ahora no he interrogado más que á los discípulos, justo es que llegue su vez al maestro.

Entonces volvió á tomar el papel y dispuso doce hojas de papel de seda, y sobre cada una de ellas trazó rápidamente cuatro caracteres. El maestro, lo mismo que los discípulos, con la vista fija y la atención embargada, seguía admirando los movimientos graciosos del pincel en aquellos dedos flexibles y ligeros. Cuando el discípulo de Budha concluyó de escribir, Yang exclamó:

—¡Oh! ¡yo decía bien, sois un ilustre maestro! Vuestro pincel, revolviéndose con la rapidez de los dragones, ha sembrado un rócío de piedras preciosas, pues lo que acabais de escribir son esos enigmas históricos que se llaman las *Doce perlas del collar*.

—¿Y podreis explicarlas? replicó el sabio monje con una sonrisa en que estaba pintada la duda.

—Por lo menos lo intentaré, respondió con modestia Yang, la Perfecta Luz.

Inmediatamente, por la actividad de los discípulos, quedaron fijadas las doce leyendas en la pared á la vista de toda la clase.

Al llegar á este punto no debemos omitir un episodio importante para la fidelidad de la narracion. La doméstica del maestro de escuela, *Siao-tsing-yen* (Pequeña-Golondrina-Azul), habia ido de puerta en puerta anunciando á los habitantes de la callejuela de los Inmortales de Agua que un genio extraordinario, pero de un carácter muy estravagante, habia ido á visitar á su amo, y que este espíritu de las regiones celestes, oculto bajo los hábitos de un bouzo mendigo, habiéndose apoderado del puesto de honor, dirigia la clase en lugar del maestro. Los vecinos suponiendo que se trataba de alguno de los innumerables genios inmortales que pueblan la montaña de *Kum-lun* (paraiso de los chinos, situado al Oeste del imperio), se apresuraron á circular por el barrio las palabras de la Pequeña-Golondrina-Azul: tanto que cuando el bachiller Yang se disponia á explicar las doce leyendas, la multitud que obstruia la calle, invadió el templo del estudio. A pesar de esta afluencia de oyentes, el maestro de escuela no se desconcertó, y saludando nuevamente á su huésped, empezó de esta manera:

—La primer leyenda dice:

«*Hiao kan tong thien*, (su piedad filial conmueve profundamente el cielo).»

Ahora bien: esta se refiere al santo emperador Chun que empezó á reinar en el año veintitres del sétimo ciclo (1), cuando se inventaron los primeros instrumentos de la ciencia del cielo, y por consiguiente, empezó á observarse con regularidad el curso de los astros. Chun no habia sido destinado en su juventud para gobernar el imperio: la primera mitad de su vida la pasó dedi-

(1) Dos mil doscientos cincuenta y cuatro años antes de Jesucristo.

cado á cultivar la tierra. Su padre era un hombre sencillo é ignorante; su madrastra tenía un carácter feroz; el mayor de sus hermanos era avaro, y el más jóven orgulloso. Chun no era amado de sus padres á pesar de la obediencia y amor que siempre les manifestaba. Muchas veces, al dirigirse á la montaña de Li para cultivar sus campos, se apoderaba de su corazon una profunda tristeza, que le hacía derramar abundantes lágrimas, pues le causaba un profundo sentimiento saber que era aborrecido cuando se esforzaba por ser amado. El cielo, compadecido de su piadosa afliccion y para que el tiempo que pasaba entregado á sus pesares no se le imputase como perdido para los trabajos de la agricultura, envió elefantes á labrar por él, y las aves del cielo arrancaban tambien por él las malas yerbas. Al volver por la noche al hogar paterno, Chun se sentaba en el último puesto y satisfacía su hambre con el alimento más grosero. De este modo satisfacía las exigencias del orgulloso y del avaro, asegurando la paz entre el sencillo y el intratable.

Por aquel tiempo el augusto emperador Zao llegó al año setenta de su reinado y ochenta de su edad. Tenía nueve hijos; pero ninguno de ellos parecía digno de ocupar el trono, y sentía no poder dejarle á un sucesor digno de él, cuando oyó hablar de la piedad y la moderacion de Chun. Entonces, el sabio emperador, pensó que los principios de buen gobierno germinan en el corazon de aquel que posee el espíritu de la familia, y que el hombre capaz de establecer el orden y mantener buena inteligencia en una casa, puede igualmente gobernar bien un imperio. Zao envió sus nueve hijos en busca de Chun; estos le encontraron trazando un surco en la tierra, y le dijeron positivamente las palabras de la leyenda: «La piedad filial conmueve profundamente al cielo,» y añadieron: «Deja el arado por el cetro; Zao, nuestro padre te asocia al imperio; ven á reinar con él.» Chun continuó durante cincuenta años la prosperidad del reinado de su antecesor. De esta época es de la que se ha escrito. «La virtud era honrada sobre la tierra.» El emperador, tranquilamente

sentado sobre el trono del dragon, dejaba caer sus brazos y el imperio estaba bien gobernado.

La segunda leyenda dice :

« *Tsin-Tchang-tang yo*, (probaba los medicamentos). »

Ahora bien; esta se refiere al piadoso Ouen-Ti, que fué elevado al rango de padre y madre de las cien familias (emperador de la China) en el año veintiuno del cuarto ciclo (1), en cuya época empezaron á introducirse las mercancías extranjeras en las nueve provincias (China). Ouen-Ti, llegado al supremo poder, habia conservado hácia su madre la misma sumision y el mismo respeto que en los tiempos de su infancia.

Abrumada por los achaques de la vejed, la madre de Ouen-Ti, contrajo una enfermedad que la duró nada menos que tres años. Durante estos tres dolorosos años, Ouen-Ti no descansó una vez en su lecho, ni desabrochó el cinturón de su túnica imperial. La augusta enferma no queria tomar nada más que de las manos de su hijo; no queria beber hasta que este hubiera acercado á sus lábios el vaso que contenia el medicamento ordenado por el médico de la corte. El piadoso hijo, venciendo la repugnancia que casi siempre le inspiraba la amarga bebida, se decia á sí mismo: « Lo que debe salvar á una madre no puede ménos de agradar á su hijo. » Bebia, y dirigiéndose despues á la enferma la decia: « Esto es bueno y debe restituiros la salud. »—Despues de tres años de sufrimientos, la madre de Ouen-Ti murió, porque está escrito: « El médico triunfa de la enfermedad, pero no triunfa de el destino. » El emperador no sobrevivió á esta pérdida. El título de honor de Ouen-Ti, en el templo de los antepasados, es *Hiao*, que quiere decir la piedad filial personificada.

La tercera leyenda dice :

« *Ki tchi tong sin*, (dedo picado, corazon herido). »

Ahora bien: esta se refiere á Tseng-Tzé, uno de los discípulos del Santo-Hombre (Confucio). Es el ejemplo que manifiesta mejor la secreta influencia que puede existir entre la madre y su

(1) Ciento setenta y ocho años antes de Jesucristo.

hijo cuando este está penetrado de los deberes de la piedad filial. Tseng-Tzé estaba en la montaña ocupado en hacer leña para el hogar doméstico. Un pariente de su madre que viajaba por el país, fué á visitar á la buena mujer cuando se encontraba sola en su cabaña. Como el viajero manifestára el deseo de ver á su pariente, dijo la madre de Tseng-Tzé: «Está á cinco *li* de aquí (una media legua); pero esperad, voy á llamarle.» El pariente quedó extrañamente sorprendido al oirla hablar de esta manera, porque no suponía que la voz humana pudiera hacerse oír á tanta distancia. La buena mujer, al ver la admiración del viajero, se sonrió y sacando una ahuja de su tocado se hizo una pequeña picadura en la extremidad del dedo pequeño. «Va á venir», replicó con confianza. En el momento en que la madre de Tseng-Tzé se picó el dedo, su hijo, que hablaba con un amigo al mismo tiempo que cortaba las ramas de los árboles, dió un grito y dejando escapar el hacha de las manos, llevó las manos al corazón, como si la punta de una ahuja le hubiera picado de repente; lleno de inquietud bajó rápidamente la montaña, y en cuanto llegó á su habitación, cayó á los pies de su madre preguntándola qué mal había experimentado. «No se trata más que de una ligera picadura, respondió enseñando á su hijo la gota de sangre que, cual una perla de coral, asomaba á la extremidad de su dedo pequeño. Nuestro pariente quería verte; mi voz no podía llegar á tus oídos, y me he visto obligada á llamarte de otra manera.»

La cuarta leyenda dice:

«*Ouan, loui Ki mou*, (oye el estampido del trueno y va á llorar sobre la tumba).»

Ahora bien: esta se refiere á Ouang-Tou, que vivía en el cincuenta y cuatro ciclo, cuando se inventaron las sillas para sentarse con las piernas colgando (1). *Ouang-Tou*, mientras vivió su madre, se esforzó por servirla con todo su corazón. Gracias á los tiernos cuidados de su hijo llegó á una edad muy avanzada, porque Ouang-Tou tenía nada menos que setenta años y aun vi-

(1) Hacia el año 550 de la era cristiana.

via su madre. Como esta veía con pesar que se adelantaba el término de su vida, su hijo se volvía niño en la apariencia, para engañarla sobre el número de sus años, á pesar de la mucha edad que tenía él mismo. Aun cuando tenía un título eminente en la corte, el grave magistrado jugaba delante de su madre á todos los juegos de sus primeros años: inventaba mil travesuras infantiles, á fin de que al verle tan jóven aun, la venerable anciana olvidara que había vivido demasiado y que no era inverosímil pudiera existir ya largo tiempo. El corazón de la pobre mujer fué siempre muy tímido, pero lo que la asustaba más era el relámpago y el ruido de la tempestad. Cuando el látigo del trueno (relámpago), deslumbraba sus ojos, se ponía lívida, temblorosa y decía: «Quiero morir.» Ouang-Tou tuvo el inmenso dolor de ver vestir á su madre el último traje (sudario). Después de la muerte de la que en todas las familias llamamos la misericordiosa (1), el piadoso hijo en cuanto oía el imponente rumor de la tempestad, recordaba los terrores de su madre, y tendiéndose sobre su losa sepulcral la decía derramando un torrente de lágrimas: «¡Madre mia, no temais, tu hijo está aquí!»

La quinta leyenda, dice: «*Tan i chun mou*:—No tiene más que un vestido y practica la obediencia á su madre.»—Esta leyenda se refiere á Tzé-Kieu, que nació en el ciclo 26, en cuya época se inventó la aguja que señala el Sur (2). Tzé-Kieu era muy niño cuando perdió á su madre. Su padre contrajo nuevo matrimonio y su segunda mujer le dió dos hijos más. Esta mujer tiernamente apasionada de sus hijos, aborrecía á Tzé-Kieu, y le enviaba en el rigor del invierno, en la estación de los hielos y las nieves, á trabajar al campo espuesto á las inclemencias del cielo. El pobre niño no tenía más abrigo que un vestido de hojas de unco, mientras que los hijos de su madrastra tenían trages he-

(1) La madre respecto á sus hijos.

(2) La brújula, inventada el año 1114 antes de J. C. La aguja inventada empleada entonces para un viaje al Sur, ha conservado el nombre de su dirección meridional.

chos de las telas de más abrigo. Tzé-Kieu guiaba el carro de su padre, y algunas veces se quedaba tan entumecido por el frío, que se le escapaban las riendas de las manos, y su padre, escitado entonces por la madrastra, le castigaba cruelmente. El joven sufría su tormento con paciencia, y si á pesar suyo se exhalaba una queja de sus labios, nunca abrigó su corazón un sentimiento de venganza. Los espíritus celestes se compadecieron por fin de su resignación é hicieron que cayera la venda de los ojos de su padre: entonces, irritado, la mujer malvada que le había hecho cómplice de su odio, quiso repudiarla, lo que era contrario á la ley, puesto que le había dado dos hijos. Instruido Tzé-Kieu de la determinación de su padre, le hizo desistir de ella con estas bellas palabras: «Madre que permanece en la casa, solo un hijo tiene frío; madre que se vá, tres hijos son los huérfanos.» La madrastra de Tzé-Kieu, al oírle hablar de esta manera se avergonzó de su pasada conducta para con un hijastro tan digno de su amor, y en lo sucesivo le amó tanto como á los hijos que había amamantado á sus pechos.

La sexta leyenda, dice: «*Gouci tsin fu mi*.—Lleva el arroz sobre sus hombros para su amada, (su madre).»

Esta se refiere á Tsai-Chu, que vivía en el ciclo 45, en la época que se introdujo la religión de Fo, (budlismo) en el imperio de los Cuatro-Mares, (imperio chino) (1). La familia de Tsai-Chun era pobre, y él mismo no comía más que yerbas silvestres por asegurar la subsistencia de su madre. El niño no tenía otro recurso para alimentar á su madre viuda á consecuencia de las guerras civiles, que los frutos del moral silvestre, teniendo siempre cuidado de separar la mora negra de la amarilla, es decir, el fruto sazonado de el verde. Unos bandoleros conocidos con el nombre de las Cejas-Rojas encontraron un día á Tsai-Chun ocupado en escojer los frutos recojidos, y preguntándole estos en qué se ocupaba, respondió: «Divido mi cosecha en dos partes; las moras buenas y maduras son para mi madre; las malas las

(1) Hacia el año 70 de J. C.

reservo para mí.»—Los Cejas-Rojas, compadecidos del huérfano que manifestaba tanta piedad filial en tan tierna edad, le dieron tres medidas de arroz y dos piés de vaca. El hambre cesó, mas la madre de Tsai-Chun era siempre pobre, pero su hijo habia crecido y podia soportar las fatigas, así que algunas veces iba á trabajar hasta la distancia de cien *li* (diez leguas), á fin de poder llevar á la viuda la racion de arroz necesaria para su sustento. Andando el tiempo, Tsai-Chun obtuvo cargos elevados, y se hizo inmensamente rico; pero ¡ay! en esta época ya no existia su madre, y á pesar de su grandeza, le gustaba ver de cuando en cuando el asilo de su miseria, y cuando viajaba por el pais seguido de cien carros y escoltado por una tropa de esclavos, Tsai-Chun decia suspirando: «¡Cuánto daría por hallarme en el tiempo en que me alimentaba de yerbas silvestres! quisiera llevar aun el arroz para mi madre desde la distancia de cien *li*; ¡pero esto es imposible!» Y el digno magistrado lloraba como un niño al decir estas palabras.

La sétima leyenda, dice: «*Yaug tsiuen yo li*.—La fuente y el pez saltador.»

Esta leyenda es la historia de la mujer de Kiaug, que vivia en tiempo de la dinastía de las Hau, en la época en que se dividio el dia en doce periodos iguales de dos horas cada uno (1). Esta mujer no solo ejercitó la piedad filial con su madre, sino que despues manifestó esta gran virtud para con la de su marido. Esta anciana no podia comer más que el pez saltador (carpas), ni beber más que el agua cogida en el rio llamado Yaug-Tzé-Kiaug. La obediente nuera hacia todos los dias un viaje lejano para renovar las provisiones de su suegra. Sin embargo, un dia, agoviada por la fatiga de la vispera, se descuidó en ir al rio, y su marido la repudio aquella misma noche. Arrojada de la casa, trabajaba dia y noche al oficio de tejedora, y no solo atendia con el producto de su trabajo á sus propias necesidades, si-

(1) Año 72 antes de J. C.

no que podía recompensar á un vecino que iba todos los dias á buscar una pequeña carpa y un cántaro de agua del Yaug-Tzé-Kiaug, y lo depositaba secretamente en la casa de su suegra. Kiaug sorprendió el secreto de la esposa repudiada, acechando al que llevaba las provisiones á la anciana, y arrepentido de su dureza para con un corazon tan fiel al cumplimiento de sus deberes, fué á buscarla y la repuso en todos sus derechos. La mujer de Kiaug volvió á continuar sus expediciones diarias al Yaug-Tzé-Kiaug con tanta perseverancia que nada en el mundo hubiera sido capaz de hacerla faltar á tan penosa tarea. Al año siguiente, durante una de estas escursiones, dió á luz un niño, y unos pasajeros que encontró en su camino la llevaron con su hijo á su casa. A pesar de sus sufrimientos, la mujer de Kiaug revelaba en su semblante la expresion del contento de sí misma: el cielo habia permitido que la llevaran á su morada, con la provision cotidiana antes de la hora de la comida de su suegra. Su hijo creció, y en lo sucesivo fué el proveedor de su abuela; pero sacando un dia el agua del Yaug-Tzé-Kiaug cayó en él y se ahogó.

La mujer de Kiaug no se atrevió á culpar á su suegra de esta desgracia, y como no es un crimen disfrazar la verdad cuando esta puede causar un sentimiento á sus padres, atribuyó la muerte de su hijo á otra causa llorándole en secreto. Compadecido el cielo de tan piadosa mentira y de tan heroica resignacion, permitió sobrenadarse el cuerpo del niño. Aquel que aumenta ó disminuye á su voluntad el número de nuestros años en el libro de la vida, restituyó al hijo de la piadosa mujer la suma de dias que le habia cercenado, y el niño, vuelto á la vida, regresó al regazo de su madre. Pero el génio del hogar, para que no volviera á renovarse más el peligro, hizo brotar al lado de la choza de Kiaug una fuente de agua cristalina, separada milagrosamente del curso del Yaug-Tzé-Kiaug. En el pilon que abrió la fuente en el suelo, bullian los peces saltadores; de este modo abundaron siempre en adelante sin peligro ni fatiga el agua y las carpas favoritas de la abuela.

La octava leyenda, dice: «*Ou-Maug tsé Ouau*.—Ou-Maug alimenta los mosquitos.»

Ahora bien, esta se refiere al joven Ou-Maug, que vivía en la época en que se construyó el baluarte de diez mil *li* (mil leguas) (1). Era tanta la pobreza de su padre, que no podía tener con que cubrir su lecho; y en las noches del estío sufría cruelmente con la picadura de los mosquitos. El niño que aun no tenía ocho años, no quería espantar los insectos que le devoraban, por temor de que fueran á turbar el sueño de su padre. Ou-Maug cuando tuvo más edad, seguía á su muy querido padre á los montes donde este ejercía el oficio de leñador: un día el pobre cortador de madera se vió asaltado por un tigre. El animal, hambriento, iba á devorar al padre de Ou-Maug, cuando aquel, según nos cuenta la historia, olvidándose de que tenía un cuerpo, pero acordándose de que tenía un padre, se lanzó sobre el tigre y le obligó á soltar su presa. El leñador, libre del peligro, recobró su hacha y mató de un solo golpe la fiera, salvando de este modo á su vez la vida de su hijo.

La novena leyenda, dice: «*Ki mou tsé tsiu*.—Esculta la madera por honrar y servir á sus padres.»

Esta leyenda narra el hecho de Ting-Lan, que vivía en el tiempo en que se instituyó la fiesta de los faroles (2). Este era un pobre cargador en los mercados públicos. No tuvo la dicha de conocer á sus padres, porque estos habian muerto cuando apenas tenía Ting-Lan algunos meses; pero el cielo habia grabado en su corazon el generoso sentimiento del amor filial, así que el pobre huérfano tenía un gran sentimiento de verse privado de sus padres, á quienes hubiera querido amar y servir, tanto, que nunca se cansaba de oír hablar de ellos á las personas que los

(1) La gran muralla de la China, construida de orden del emperador Chi-Hoang-Ti, hácia el año 220 antes de J. C.

(2) Por los años 815 de la era cristiana; el origen de esta fiesta data de la invención del cuerpo de You-Youen, hombre de Estado que se ahogó accidentalmente en el Yaug-Tzó-Kiaug.

habian conocido; pero así como el pobre sediento que vé correr una fuente á la cual no pueden llegar sus labios, Ting-Lan irritaba su sed de cariño filial en vez de satisfacerla, al escuchar á los antiguos amigos de su padre y de su madre. Tuvo un sueño feliz, y aquellos cuya prematura pérdida tanto sentia, se le apreciaron en él. Su imágen quedó tan bien grabada en su memoria, que al despertar creia verlos aun. Ting-Lan, adivinando que esta maravillosa aparicion se le habia enviado para que pudiese satisfacer hasta cierto punto el deseo de toda su vida, escultó en madera, con auxilio de su cuchillo, dos imágenes perfectamente semejantes á las que habia visto en sueños. La semejanza de estas figuras era tal, que aquellos que apenas recordaban su fisonomía, recordaron perfectamente al ver el exacto parecido de los ídolos de Ting-Lan, las facciones exactas que casi se habian borrado de su memoria.—«Sí, le decian aquellos antiguos amigos de la familia; hé ahí tu padre y tu madre tal como eran en vida.»—¡Vivos! no, no lo estaban, y sin embargo, el piadoso hijo los servia y los honraba como si pudieran verle y bendecirle. Nada emprendia sin consultarlos, y cuando cometia alguna falta caia de rodillas ante ellos y los pedía perdon: Ting-Lan se casó. La mujer que escogió por compañera no tenía como él un corazon sensible para el santo afecto de la familia, y naturalmente, encontraba ridiculo y digno de desprecio el culto que su marido tributaba á dos pedazos de madera. Un dia que Ting-Lan estaba ausente, se le ocurrió picar con una aguja los dedos de ambas imágenes. A su regreso, el hijo respetuoso fué segun costumbre á saludar á sus padres y vió sangre en la punta de sus dedos y lágrimas en sus ojos. Ting-Lan desesperado preguntó á su mujer de dónde procedia aquella sangre y cuál era la causa de aquel llanto. La culpable, asustada del milagro, confesó su crimen. Su marido la repudió, y hasta el fin de sus dias continuó sirviendo á sus padres.

La décima leyenda, dice: «*Govei mou Tieou eull.*—Por salvar á su madre, abandonar su hijo.»

Ahora bien, esta se refiere á Ko-Yaug que vivia en la época

en que se abrió el gran canal (1). Ko-Yaug tenia un hijo de tres años y una madre anciana. Ko-Yaug dijo un dia á su mujer:— Nuestra miseria es tan grande, que nos es imposible alimentar al mismo tiempo nuestra madre y nuestro hijo. El cielo puede concedernos aun otro hijo; pero la madre una vez perdida no puede el cielo reemplazarla; preciso es, pues, para salvar la una abandonar el otro. La mujer de Ko-Yaug, vencida por la ley de la necesidad y á pesar del horror que la inspiraba esta resolucion, consintió llorando en el abandono de su hijo. Ko-Yaug llevó al niño á un bosque muy lejano, le paseó por él hasta la noche para que se perdiera, pero el hijo le seguia siempre; por último, el cansancio llamó el sueño á los ojos del niño y se durmió sobre el cesped que tapizaba el pié de un árbol. Ko-Yaug no tenia más que alejarse y el niño quedaba abandonado; sin embargo, el buen padre permanecia allí, pensando en las fieras que podrian devorarle y en el frio de la noche que podria arrebatarle el calor de la vida durante el sueño. Resolvió, por último, abrirle un abrigo en la roca inmediata. Apenas habia empezado á trabajarla con el hierro de su chuzo, cuando se desprendió una piedra, dejándole ver una escavacion, en la cual vió brillar una barra de oro con esta inscripcion en letras luminosas: « El cielo concede este oro á la piedad filial de Ko-Yaug, para que pueda alimentar su hijo y su madre. »

La undécima leyenda, dice: « *Mai ching tsaug fou*.—Se vende para dar sepultura á su padre. »

Esta leyenda se refiere á Toug-Young, que vivia en la época en que *Foug-Tao* (2) inventó el arte de imprimir los libros. El padre de Toug-Young acababa de morir y su hijo lloraba en la plaza pública desconsolado por la pérdida que acababa de experimentar, y de su extremada miseria que no le permitia tributar al difunto las honras fúnebres. Un rico mercader que pasaba por

(1) Por los años 924 de la era cristiana.

(2) Por los años 935 de la era cristiana.

allí se informó del motivo de su llanto. Entonces aquel hombre, viéndole robusto y suponiéndole esforzado, puesto que era buen hijo, le dijo: «No llores más, Toug-Young, no pasarás por la vergüenza de dejar sin sepultura á tu padre, te daré tanto dinero como se necesite para levantar una tumba de siete pisos, pero con la condicion de que serás mi esclavo hasta que puedas rescatarte.» Toug-Young aceptó el trato con gratitud, y despues de hacer decorosamente los funerales de su padre, se puso en camino de la casa de su amo que habitaba á 150 *li* (15 leguas) del sitio donde le habia encontrado el piadoso hijo. En el camino encontró Toug-Young una hermosa jóven que le preguntó si queria tomarla por esposa, y él contestó: «Triste suerte deseais, porque la mujer de un esclavo tiene dos amos á quienes servir; primero el que es dueño de ambos y despues su marido.» La jóven replicó con estas palabras de Y-KING (el libro de la doctrina de las suertes): «El cielo es el señor, la tierra la sierva; la mujer debe estar sometida al hombre.» Toug-Young, viéndola tan resignada, la dijo: «Venid.» Ella le acompañó á casa de su dueño, y tres dias despues, el esclavo del mercader estaba libre, porque tres dias bastaron á la mujer de Toug-Young para tejer trescientas piezas de seda que sirvieron para rescatar á su marido. Ambos esposos tomaron juntos nuevamente el camino de la ciudad, pero cuando llegaron al punto donde pocos dias antes se habian encontrado por primera vez, la jóven emprendió su vuelo en los aires y desapareció. El cielo para recompensar la piedad filial de Toug-Young, habia permitido que uno de sus divinos espíritus se le apareciera y tegiera la seda para rescatarle.

La duodécima leyenda, dice: «*Kou tchou seuz sun*.—Llorando sobre los bambús hace brotar nuevos tallos.»

Ahora bien, esta se refiere á Maug-Tsoung, que vivia en la época en que se introdujo la moda de aprisionar los piés de las mujeres con bendas de hilo (1). La madre del jóven Maug-Tsoung, pobre viuda, estaba enferma de peligro: se la dijo que la única

(1) Año 1344 de la era cristiana.

medicina capaz de salvarla era un cocimiento de tallos nuevos de bambú. Pero hallándose en lo más rigoroso del invierno, le era imposible á Maug-Tsoung proporcionarse los preciosos tallos por los medios que están al alcance del hombre. Sin embargo, el niño se dirigió á una plantacion de bambús, á pesar de la imposibilidad de que se cumplieran sus deseos. La nieve cubria la tierra y sobre la yerba agostada brillaban las pajas del centeno. Entonces Maug-Tsoung desesperado se torció las manos derramando lágrimas amargas; su llanto derritió la nieve, se descubrió la tierra, y vástagos tiernos del bambú aparecieron en su superficie. Maug-Tsoung se apresuró á recojerlos, los llevó á su casa y el cocimiento que obtuvo con su maravillosa recoleccion devolvió en el mismo dia la salud á su madre.

Yang, la Perfecta Luz, habiendo desgranado de este modo perla á perla el collar de la leyenda, se volvió hácia el bouzo y le preguntó si la esplicacion de los caractéres era como la deseaba.

—Habeis olvidado, le replicó su huesped, al que ha reunido en sí todas esas virtudes filiales, aquel cuyo titulo de honor en el templo de la familia será: La décima tercia perla del collar ó la perla imperial.—Ésa no la conozco, dijo el bachiller sin vacilar en confesar la insuficiencia de su ciencia.—¡Ignorante! exclamó el monje mendigo con un tono capaz de cubrir de vergüenza al honrado Yang. En aquel momento, los circunstantes, discípulos y vecinos se compadecieron de la triste posicion del pobre maestro de escuela. Pero su huesped añadió en seguida tomándole por la mano y dirigiéndose al concurso:—¡Héla aquí! ¡la perla imperial del collar! Yang, el maestro de escuela de la callejuela de los Inmortales de Agua, conocido por la Perfecta Luz, no por su ciencia, cuyo esplendor ha ocultado siempre su modestia, sino porque ha guiado durante veinte años á su madre ciega, porque gracias á su infatigable é ingeniosa piedad, llegó á olvidar la venerable anciana que habia perdido la claridad del dia.

El bachiller estaba mudo de asombro enmedio de la admirada concurrencia, pero aun no habian terminado para el pobre

maestro las sorpresas que su desconocido huésped le había preparado. Apenas el fingido religioso budhista acabó de hablar, cuando en la calle sonaron los primeros acordes de los instrumentos músicos y casi al mismo tiempo paró delante de la puerta de la escuela un rico palanquin. Los asistentes, admirados, se preguntaban unos á otros á quién podía pertenecer, al ver el palanquin coronado con el parasol verde, signo distintivo de los príncipes de la casa imperial.

—Ocupa tu puesto en ese puesto que es el mio, dijo el forastero designando el palanquin al maestro Yang; que el pueblo nos vea hoy reunidos, á fin de que la historia refiera en su día cómo el hermano de tu soberano, el examinador imperial de las escuelas, no habiendo podido vencer tu modestia ni tu ciencia, honró en tí la paciencia, las virtudes modestas y la piedad.

Yang y los presentes se prosternaron delante del príncipe, y este último, no pudiendo decidir al maestro de escuela á que abandonase sus discípulos para ascender á un puesto más elevado en la profesion de las letras, dijo al despedirse:

—Tu modestia nada arrebatará á tu gloria; porque todos saben ya que has enriquecido con su perla más preciosa el collar de la familia.

EL ANGEL BUENO.

Sucede con harta frecuencia, que la suerte, á quien con razon pintan ciega, favorece á los que merecen castigo y se ensaña con los que son dignos de premio.

Yo no sé á punto fijo en qué país, ni siquiera en qué region del mundo, habia hace siglos una emperatriz poderosísima, que reinaba sobre millones de hombres, con cuya sangre se habian amasado los cimientos de su poderoso trono.

Muchos y muy deplorables son los ejemplos que ofrece la historia universal, de los grandes vicios y las grandes ingraticudes que han solido demostrar los que se han visto colocados á la cabeza de los pueblos; pero acaso no podrá citarse ejemplo alguno de extravíos, infamias y crueldades como las que se veian en el imperio á cuyo frente estaba la princesa de que nos ocupamos.

Su único pensamiento era gozar de la alta posicion que debia á los esfuerzos de su pueblo, á quien recompensaba con las mayores iniquidades, ejercidas unas por su propia órden, debidas

ótras á los consejeros á quien lo abandonaba todo, con tal que la dejaran entregarse á sus placeres.

Una noche, la emperatriz daba en su palacio un magnífico baile de los que tenía por costumbre, mientras sus súbditos perecían en los calabozos y en la miseria.

La emperatriz era tan hermosa de figura como repugnante de sentimientos; y entre sus debilidades, no era la menor el afán de que todo el mundo contribuyera á añadir á su supremacía imperial, la que creía merecer por su belleza.

Mientras el pueblo la maldecía, la corte la adulaba, sin extrañar la visible satisfacción que la princesa experimentaba viéndose galantear por un príncipe recién venido del extranjero, que había sido convidado al baile imperial.

De pronto, y cuando más complacida parecía de lo que en voz baja la estaba diciendo el príncipe, sucedió lo que nunca había sucedido; cambió la expresión de su semblante, pasando de la alegría á la tristeza, palideció y cayó desplomada al suelo.

Los cortesanos hicieron muchos comentarios sobre el suceso, discurrieron largamente sobre las palabras del príncipe que la habían causado aquella impresión, pero ninguno dió por de pronto al desmayo más importancia que la de una indisposición común. Los cortesanos se equivocaron de medio á medio, como tienen de costumbre; ni fué aquello efecto de las palabras del príncipe extranjero, ni fué tampoco un desvanecimiento de sentido común.

Nunca los de la emperatriz funcionaron mejor. Lo que sucedió fué lo siguiente:

Cuando más satisfecha estaba la princesa con la galantería del príncipe, cuando más complacida se encontraba de la elegancia de su tocado y más merecidos creía los elogios que escuchaba con afectada indiferencia, un movimiento de coquetería la hizo volver la cabeza y se encontró con que el príncipe había desaparecido, ocupando su lugar una figura sobrehumana, que adoptando su misma postura la decía al oído cosas extraordinarias.



EL ANGEL BUENO

A los ojos de la emperatriz, el salon de baile se habia convertido en un inmenso desierto, la alfombra se habia trocado en lago oscuro, las luces se habian apagado para dar lugar á las tinieblas que se destacaban de los grupos de negras nubes que llenaban el espacio, y enmedio de ellas, se dejaba ver en un resto de claridad la orquesta, que desaparecia y dejaba apagados sus ecos melancólicos para que se oyeran mejor las palabras que la figura dirigia á la princesa.

Cuando la emperatriz volvió de lo que los cortesanos creyeron un desmayo, hablaba inconexamente de lo que habia oido al que llamaba su ángel bueno.

Cuando recobró por entero sus sentidos, hizo tales reformas en su conducta y en su pueblo, que no dejó duda de que se habia operado en ella un cambio completo.

¿Fué la voz del príncipe ó la voz del que llamaba su ángel bueno quien habia realizado aquella transformacion?

Fué la voz de la conciencia, que apagada por el rumor de los cortesanos, solo en ocasiones tan maravillosas como este cuento, logra llegar al oido de los que habitan en palacios.

JOEL KRESS.

FRAGMENTOS DE EL DIARIO DE MAGDALENA.

I.

El hermano de Magdalena.

Tomamos las siguientes páginas de el diario que una hermana dirigia desde Europa á su hermano, aventurero emigrado en Australia. Estas preciosas confidencias del desierto hogar, llegaron á Melbourne á mediados del último otoño, conducidas por uno de los numerosos buques trasatlánticos que embarcan anualmente en el Havre y en Liverpool, tantas viriles esperanzas con destino á *Port-Phillip*, y que vuelven á traer á la madre patria desde la tierra prometida de los *Campos de oro* tantos amargos desengaños con algunos sueños de ventura realizados por casualidad.

Simon Kress, ese hermano ausente de quien queremos hablar, despues de muchos meses de un trabajo improvo en las llanuras de Bendigo, uno de los cuatro centros auríferos del distrito de Victoria, habia regresado á Melbourne para curarse de una herida que habia recibido ayudando á un convecino á subir desde

el fondo de su pozo de minero, una carga demasiado pesada de *washing-stuff* (materia de lavar); este mineral dudoso y avaro que no dá siempre una partícula insignificante de oro por tonelada de barro, como premio de la fatiga que ha costado.

El accidente era grave y la curacion incierta. Pero gracias á la bondad de la sangre, á la energía del corazon y á la voluntad en la lucha, esas fuerzas vivas de la juventud que secundan tan poderosamente los esfuerzos de la ciencia, el herido se vió muy pronto en estado de ir, como dicen allá abajo, á ensayar aun la ventura en una nueva campaña en la región de los *diggings*, nombre que dan á los terrenos explotados por los cien mil hozaadores del suelo australiano.

La experiencia adquirida le habia revelado la necesidad y las ventajas del trabajo en comun; por lo tanto, Simon Kress empleó los dias de su convalecencia en reclutar para su segundo viaje á las minas, valerosos asociados entre la poblacion flotante de Melbourne. No quería por compañeros más que viajeros á pié como él, y no encontró más dificultad que la de la eleccion; tan costoso es en ese país el precio del transporte, y tan escaso el número de las personas que son bastante ricas para ir en carruaje á buscar fortuna.

Debia dirigir su pequeña caravana al yacimiento llamado los *Ovens*, y una vez señalado el dia de la partida, decidieron los asociados que se reunirían la víspera por la noche en Collins-street, en la taberna del *Toro Negro*, y sentados sobre los sacos de viaje, ya llenos y cerrados, pasarían alegremente la noche bebiendo por el buen éxito de la empresa. Los mineros en marcha, llaman á esto «regar el camino.»

Impacientes por acudir á la cita, no esperaban los compañeros más que el momento señalado.

En cuanto á Simon Kress, génio de órden, calculador y puntual, no dejó su *lodging* hasta el momento preciso para llegar á la hora marcada al punto de reunion.

—«Ni demasiado pronto, ni demasiado tarde; ni antes ni después.»

Tal era, desde que tuvo uso de razon, la regla de conducta observada por Simon. Bueno es economizar el tiempo, distribuir regularmente su vida; pero tambien se deben tener en cuenta los acontecimientos imprevistos. Ahora bien, el acontecimiento imprevisto le esperaba á la vuelta de la esquina.

Al dirigirse á la taberna del *Toro Negro*, le detuvo una criada de la casa, que volvia de la oficina de los despachos, para anunciarle que uno de los buques que habian fondeado la víspera en Port-Phillip, habia trasmitido al *post-office* de Melbourne un paquete dirigido á su nombre.

La naturaleza sana y robusta de Simon, le ponía al abrigo de la sensibilidad, y revestia de cierta capa de rudeza la expresion de sus mejores sentimientos. Sin embargo, sus rodillas flaquearon y sus ojos se llenaron de lágrimas al simple anuncio del mensaje que debía hablarle de la familia y del país amados. Admirado de esta repentina emocion, él, que en todas ocasiones se creía seguro de la firmeza de su corazón, admirado, ó por mejor decir, inquieto de lo que pasaba por él, no acertó á atribuirlo á su verdadera causa.

—Esto es efecto de la enfermedad, se decía, como para escusarse con el orgullo humano, tan susceptible hasta de una sospecha de debilidad.—La enfermedad, continuó Simon, conduce al hombre á la infancia; solo á los niños es permitido llorar; yo lloro, luego valgo aun menos que un hombre.

Simon Kress se engañaba ciertamente: confundía la insensibilidad con la fuerza, es decir, una negacion con una potencia; razonaba partiendo de un principio falso. ¿Qué importa? lloraba de veras, y despues de todo, más vale una falta de lógica que una falta de corazón.

Hemos dicho ya que la exactitud rigurosa era una de las virtudes de Simon Kress; así, que se creyó verdaderamente culpable, pero culpable por debilidad física, cediendo al deseo que le atraía hácia la administracion del correo, y tomando para ello un camino diametralmente opuesto al que le hubiera llevado derecho al *Toro Negro*. Aun tuvo necesidad de escusarse á sí mis-

mo al palpar esta contradicción entre lo que creía su voluntad y la conducta que observaba.

—Hé aquí bien manifiesta, dijo para sí, esa impaciente curiosidad, tormento de la infancia ó prueba de una salud valetudinaria! Un hombre dueño de sí, quiero decir, sano, esperaría la hora de la distribución de los paquetes; yo corro involuntariamente al encuentro de lo que no puedo menos de recibir mañana, y tengo una cosa semejante al delirio de la fiebre! Decididamente mi convalecencia no está tan adelantada como creía.

Con mucha más razón debió dudar de los progresos de su convalecencia, cuando al llegar al post-office, se apoderó de él una especie de vértigo que le hizo dar traspieses, y un apretamiento involuntario de garganta le imposibilitó de reclamar con voz inteligible el paquete dirigido á su nombre.

—¡Y ese médico que cree haberme devuelto mis fuerzas! se ha lisonjeado demasiado pronto ó ha querido engañarme.

También esta vez era Simon Kress quien se engañaba.

El espacio de dos años, una distancia de cinco mil leguas le separaban de Joel Kress y de su hermana Magdalena.

Desde su partida no había tenido noticia de los acontecimientos de su vida.

¿Existirían aun Joel y Magdalena? ¿el mensaje anunciado, no podía estar cerrado con lacre negro?

Tales eran los pensamientos, que sin darse él mismo cuenta de ello, cruzaron por su mente y le quitaron el uso de la palabra en el momento en que iba á dirigirse al empleado de correos.

Este último le conocía: había llegado con Simon Kress á Melbourne en el mismo buque, y le vió también á los pocos meses dejar la capital del distrito para subir á las minas. Le había vuelto á ver enseguida á su vuelta del *digging* de Ballarat; pero aquella vez Simon estaba herido, casi moribundo; en un estado tan lastimoso, en fin, que aun cuando había gritado al paso del jóven minero:—¡Valor, Simon!—Por lo bajo le dijo:—¡Adios!

Al volver á ver en pié á su compañero de viaje, el bueno del empleado, que no esperaba volverle á encontrar, le acogió con esa sonrisa de satisfaccion con que se celebra una visita inesperada, y tendiéndole la mano, le dijo:

—¡Ha escapado Vd. de buena! ¡gracias á Dios! Veo que ahora se encuentra Vd. completamente restablecido.

—Sí, salvo la sofocacion y los mareos, respondió Simon, que continuaba empeñado en confundir las inquietudes del corazón con los desfallecimientos del cuerpo.

—¡Bah! no tenga Vd. aprension, su semblante anuncia una perfecta salud. Tenga Vd.: hé aquí lo que acabará de ponerle á flote.

Diciendo esto, entregó á Simon el paquete que este último no habia tenido valor para pedir.

Una rápida ojeada dirigida al sobre le tranquilizó: estaba sellado con lacre encarnado, y el sello tenia grabada la paloma que vuelve al arca y trae á Noé el ramo de oliva.

—¡Todo marcha bien en nuestra casa! pensó Simon,

Y aliviado súbitamente, se encontró de nuevo tan adelantado en su convalecencia, como en el momento que precedió al anuncio del mensaje, causa natural de sus legítimas emociones.

Una vez fuera de las oficinas de correos, caminaba en línea recta al lugar de la cita, rasgando el sobre del pliego. Si este no hubiera encerrado más que una simple carta, puede asegurarse que Simon, el hombre fuerte, hubiera tenido tambien la debilidad de acortar el paso y hasta de detenerse para leer lo que su hermana le escribía, aun á riesgo de retardar más su llegada entre los que le esperaban. Pero era todo un volúmen, escrito con letra pequeña y espesos renglones lo que tenía ante su vista, en lugar de algunas hojas de papel de letra tendida. Las fechas diferentes, sembradas en todas las páginas, manifestaban la perseverante exactitud de Magdalena en anotar todas las noches los acontecimientos del dia. Simon comprendió perfectamente la delicada intencion de su hermana, al dirigirle desde tan lejos este *memorandum* de la familia.

—¡Excelente muchacha! dijo para sí, quiere que el tiempo de la ausencia se acorte todos los días, haciéndome participar con el pensamiento de la vida de familia. Cuando llegue al final del cuaderno, podré hacerme la ilusión de que he embarcado al siguiente día de su última fecha. ¡Qué entretenimiento tan agradable voy á deber á este precioso cuaderno, durante las estaciones del camino y en las horas de descanso bajo la tienda!

Como el hombre previsor que arregla de antemano el uso del dinero que le queda para gastarle con mesura, del mismo modo Simon empezó á calcular la lectura del diario, á fin de que durase el mayor tiempo posible.

Por último, apareció en la taberna, donde se empezaba ya á murmurar de su ausencia, completamente decidido á no volver á abrir el manuscrito de su hermana hasta el día siguiente en la primer etapa de camino; pero no habian concluido aun sus debilidades.

El voluminoso cuaderno que tenía en el bolsillo de su trage, oprimia su corazon y preocupaba su mente. Así, que apenas habia tomado asiento á la mesa y correspondido al primer brindis, cuando posando su vaso y levantándose de repente, se escusó de no poder continuar en compañía de aquellos que pensaban prolongar la fiesta de despedida hasta el otro día. En vano reclamaron sus camaradas contra esta nueva determinacion, que le hacia faltar á la palabra empeñada: Simon Kress se mantuvo firme.

—He recibido noticias de Europa, les dijo, y necesito toda la noche para enterarme y contestar. Hasta mañana, compañeros: bebed por mí sin mí; por esta noche os suplico me dispenseis.

Y sin aguardar su consentimiento, volvió á toda prisa á su morada.

Así, pues, sucumbió súbitamente la inquebrantable resolucion de ahorrar, como el avaro, la lectura del diario de Magdalena. ¿Qué fuerza superior habia vencido su primer propósito? Una idea que le sugirieron los sellos del mensaje fraternal. Esta imá-

gen bíblica que al principio le parecía un motivo suficiente de seguridad, se representó á su imaginacion como una causa razonable de inquietud.

El arca era la casa de Joel Kress; la paloma no podia ser más que Magdalena, y una vez asociadas estas ideas, prosiguió la analogía que le llevó como por la mano á plantear las siguientes cuestiones:

—¿El padre habria enviado á su hija para que inquiriese lejos de allí una nueva feliz, como en tiempos pasados Noé dió libertad á la paloma para que fuera á informarse de la retirada de las aguas?—¿Qué venia á demandar Magdalena á fin de devolver la alegría á la casa paterna?—La vuelta de Simon, ¿quién!—Acaso esta vuelta la reclamaba una necesidad imperiosa.

Solo el diario de Magdalena podia responder satisfactoriamente á estas cuestiones, por cuya razon se apresuró Simon á separarse de sus compañeros, y á volver á tomar posesion de su aposento. En cuanto entró en su habitacion, se encerró en ella, y á la luz de la lámpara que creía la víspera haber encendido por última vez, comenzó esta lectura que se prolongó hasta la venida de la aurora.

Cuando cerraba el manuscrito, se dejó sentir un ruido estrepitoso á su puerta.

Los futuros mineros venian á buscarle para emprender la expedicion.

—¡Hola! le dijo uno de estos; ¿nos ponemos en camino?

—Seguramente, repuso Simon con el semblante completamente demudado, más bien por la emocion que por la fatiga de una noche de lectura; marchamos, vosotros para las minas, yo para Europa; vosotros correis en pos de la fortuna; yo voy á llevar á mi hermana la respuesta que espera.

Ni la insistencia de los compañeros, ni las burlas, ni los cargos, pudieron destruir la última resolucion de Simon Kress. Trataron de mal compañero y hasta de cobarde al que se negaba á acompañarlos, despues de haber prometido dirigirlos. Aceptó el insulto y los dejó partir.

Al día siguiente se embarcó en Port-Phillip, aprovechando la ocasión de un buque que se daba á la vela.

Hé aquí lo que contenía el diario de Magdalena, para trastornar tan repentinamente todos los proyectos de Simon.

II.

Fragmentos del diario de Magdalena.

21 de Julio 18... *Escrito despues de la plegaria de la mañana.*— Triste ha sido mi despertar, penoso será el día. Ayer éramos tres en la casa; hoy no somos más que dos: mi hermano Simon ha partido, y yo sola poseo el secreto de su partida. Tanto se ha esforzado para explicarme la necesidad de esta separacion, que he concluido por aprobar su voluntario destierro. Mientras ha permanecido aquí, he estado conforme con que debia marchar; despues de su partida, no comprendo que haya podido abandonarnos. Esto consiste, sin duda, en mi escasa inteligencia, cuyo horizonte es demasiado limitado.

Al contrario Simon, alcanza mucho su superior inteligencia. Yo no miro más que los pesares del momento, él tiene fija su vista en el porvenir.

No ha podido obtener más que el quinto puesto en el concurso de la escuela, y esta plaza no asegura el derecho de entrada en los servicios públicos. Despues de trabajar con tanta constancia, se ha visto postergado un año, y nuestros recursos están casi agotados. A falta de protectores tendria nuestro padre que imponerse nuevos sacrificios para proporcionar á Simon los medios que necesita para utilizar más adelante sus estudios.

Me dijo mi hermano al volver del exámen: «¡Bastantes privaciones se han sufrido en casa por mi causa! Despues del desengaño que acabo de sufrir buscaria en vano un destino en este país. Para concluir con los apuros que mi presencia causa á la

casa, voy á ajustar mi flete en una de esas embarcaciones que conducen á la fortuna á los que, como yo, no temen ni la fatiga, ni el peligro. Durante mi ausencia, los modestos emolumentos de empleado que padre divide entre los tres hace tantos años, bastarán para cubrir vuestras atenciones.»

Y como yo llorara al escucharle; « ¡Gran tonta! me dijo con ese movimiento brusco que es siempre en él el signo de la bondad del corazón; piensa en tí que tendrás una buena dote á mi vuelta. ¿Olvidas también á nuestro buen padre que, tomando entonces su retiro, podrá entregarse sin escrúpulo y á todas horas á su antigua afición á la pintura, que rara vez podia satisfacer y eso con remordimientos, como si nos robara el tiempo que dedica á ella?»

Al pronunciar estas palabras dirigí mis miradas hácia el modesto taller del pobre aficionado pintor, retiro misterioso que tanto tiempo escitó nuestra curiosidad de niños, y en el cual solo tuvo derecho de entrada nuestra buena madre.

He pensado más de una vez en la alegría que rebosa el semblante de nuestro buen padre cada vez que, libre de todo cuidado, podia ir á encerrarse durante algunas horas en su taller. Recordé las luchas interiores que sostiene consigo mismo cuando para aumentar los recursos del mes trae de su oficina trabajos extraordinarios. Me representé á este buen padre tal como le he visto tantas veces dudando entre la nueva tarea que se imponia y su querida pintura que le llama incesantemente. Como siempre es el deber quien triunfa y siempre se sacrifica el padre á las necesidades sin cesar renacientes de la familia, he dicho con Simon:—¡Sí, basta de sacrificios, es preciso partir!

Para no distraer á padre de su ocupacion favorita, le habiamos ocultado el día de las oposiciones en la escuela, cosa muy fácil, pues interroga rara vez, y no siempre escucha cuando se contesta á las preguntas que dirige por casualidad. ¡Los artistas son tan distraidos! Además, aun cuando hubiera sabido la fecha no por eso hubiera dejado de olvidarla. Para él el calendario no existe; ó mejor dicho, soy yo su calendario. Cuando á su vuelta

de la oficina me vé encerrar en el armario su levita y su sombrero y sacar enseguida del cofre su bata y su gorra de terciopelo, dice con un suspiro de satisfaccion: «Mañana es domingo»; y alegre como un colegial en vacaciones, contempla extasiado la puerta del taller que apenas ha podido visitar durante la semana. En la brillante expresion de su mirada se adivina mucho mejor que si lo expresaran sus labios, que dice: «¡Hasta mañana!»

Ayer era sábado, y á fin de no turbar el sentimiento de bienestar que en semejante dia experimenta padre durante toda la velada, Simon, de acuerdo conmigo, dejó para la hora en que acostumbramos á decirnos «buenas noches», el anuncio de su partida.

Llegó la hora y Simon ha guardado silencio; es la primera vez que su corazon ha temblado ante el cumplimiento de un deber. Padre se despidió de nosotros y entró en su dormitorio sin que siquiera cruzase por su mente la idea de que tal vez su hijo iba á besarle la mano por última vez. Así que la carga más pesada y la obligacion más penosa han quedado para mí, tan débil y tan inhábil: ¡poseer un secreto semejante! ¡y por último tener que confesar á nuestro padre que tal vez no vuelva á ver á Simon! ¡Cómo hacer confesion tan delicada, y cómo recibirá nuestro padre esta noticia?

El mismo dia antes de la oracion de la tarde. — Por fin, ha pasado sin graves trastornos este dia comenzado con tanta tristeza y temor, segun mi modo de pensar; el temible momento de la revelacion del secreto quedaba aplazado para la hora del almuerzo. Me parecia imposible que padre dejara de preguntar por Simon, al ver solamente dos cubiertos en nuestra mesa. Tenia ya formulada mi respuesta sobre este acontecimiento tan desusado en casa, que me atrevo á creer que hubiera encontrado en mis palabras razones bastante fuertes para escusar al ausente y no sentirse demasiado aislado con la que queda. Sin embargo, mi discurso, meditado con tanta antelacion, no ha podido pronunciarse, pues ha pasado desapercibida la preparacion de los dos cubiertos, que era el medio más natural de provocar una espli-

cacion. Padre, que se habia levantado al romper el dia para encerrarse en su taller, salió á mi encuentro cuando acababa de poner el almuerzo en la mesa: preocupado con el trabajo que acababa de dejar en aquel momento, me dijo, con la vista distraida y la animacion febril del artista poseido de su obra:

—Dáme solamente una empanada y un vaso de cerveza, que es lo único que tomaré esta mañana; ¡me siento inspirado hoy! ¡El domingo me pertenece, y quiero que el presente sea memorable!

No hubiera sido ni filial ni cristiano cortar aquel sublime entusiasmo y destruir aquella agradable confianza con la revelacion de nuestra desgracia, que no hubiera escuchado quizás, porque, impaciente por volver á sus cuadros, tomó él mismo lo que me habia venido á pedir, volviendo á su taller, cuya puerta cerró inmediatamente.

Sentada con padre á la mesa, hubiera hecho un esfuerzo para hacer los honores al almuerzo á fin de invitarle con el ejemplo; una vez sola no tenia á nadie á quien alentar; por consiguiente, no me restaba más que quitar el cubierto, como lo hice.

La campana de la parroquia sonaba en aquel momento, y me dirigí á la iglesia para rogar á Dios que concediese un viaje feliz á mi hermano y me hiciese menos penosa la confesion retrasada. Esta última súplica fué oida muy pronto.

Ya habian terminado los Oficios y me disponia á dejar mi puesto, cuando una persona que habia venido á sentarse á mi lado, en un asiento que habia estado mucho tiempo vacío, me cerró el paso. Levanté los ojos hácia ella y me encontré con mi padre que, al notar la turbacion que me causaba su presencia, se apresuró á tranquilizarme.

—He conocido que necesitaba tomar el aire, me dijo á media voz, y he venido á buscarte. Siéntate y espera un momento, que saldremos juntos.

Este momento le pasó en el más profundo recogimiento, y yo no acertaba á explicarme este acontecimiento cuando le habia visto tan dispuesto á consagrar todo el dia á la pintura. Algunos minutos despues se levantó y me dijo:

—Ven, Magdalena.

Cuando llegamos al pórtico iba á tomar el camino de nuestra mansion, padre me dió el brazo y se dirigió hácia el paseo.

Le miré sorprendida por esta determinacion y me respondió:

—Nada nos obliga á volver tan pronto á casa; á nadie esperamos ni nos espera, puesto que tu hermano ha marchado.

—¿Lo sabiais?

—Acabo de saberlo ahora mismo, por la casualidad de haber llamado para entregarme una carta.

—¿De Simon?

—No, una carta insignificante: no estabas allí y he tenido que abandonarlo todo para contestar al que llamaba á la puerta. En seguida, para evitar que me incomodasen de nuevo, te llamé, y como nadie contestaba, me dirigí á tu habitacion, y como estaba puesta la llave, entré y he visto tu diario abierto sobre la mesa y continuado hasta esta mañana. Por casualidad tropezaron mis miradas con las siguientes palabras: «Ayer éramos tres, hoy no somos más que dos.» Quise leer lo demás, y como te decia, sentí la necesidad de aspirar el aire libre.

Un ligero temblor en su voz, me hizo comprender que, á pesar de su aparente tranquilidad, padre no estaba tan sereno como queria aparentar. ¡Y cómo podría dudar de la profunda afliccion que le causaba la desaparicion de mi hermano! Al conocer esta terrible noticia, deserta de su taller!

Nuestro paseo se prolongó hasta la caida de la tarde, y padre me ha dejado libremente justificar la resolucion de Simon. No pronunció una palabra de indignacion ó despecho contra el que nos habia abandonado de aquella manera; al contrario, durante el pequeño refrigerio que tomamos en casa del guarda-bosque, le vi más de una vez levantar el vaso y mover en silencio los lábios, como para marcar las palabras de un voto que no articulaba. ¡Al ausente se dirigia su plegaria! En cuanto á mí no he cesado de hablar de él. Era ya muy entrada la noche cuando regresamos á casa.

Al separarnos para dirigirnos á nuestras respectivas habitacio-

nes, el nombre de mi hermano se ha pronunciado naturalmente en nuestra última despedida de la noche, y padre dejó escapar algunas palabras cuyo sentido no comprendo, con motivo del viaje forzoso de Simon, pero que parecia encerraban una acusacion dirigida contra nuestra madre.

—Si ella hubiera querido, murmuró entre dientes, dirigiendo una mirada llena de tristeza y de orgullo hácia ese taller, cuya entrada ha estado siempre vedada para mí, su hijo podria continuar su carrera y no se expatriaria hoy para correr tras de la fortuna. La perdono de todo corazon la desgracia que nos abruma; pero seguramente es suya la culpa y no mia. No podia negarla la promesa que me pedia, y una vez hecha debo sostenerla.

¿Qué compromiso sería ese contraido tiempos atrás, fatal para nosotros hoy, de que hablaba padre? ¿Sería verdad que nuestra madre hubiera podido concebir nunca un pensamiento capaz de causar algun dia daño á la familia? ¡Pobre madre! tan previsora, tan anhelante de nuestro bienestar, cómo podria perjudicar el porvenir de sus hijos! ¡Es imposible! debo haber oido mal.

31 de Julio.—Hoy lo mismo que los dias pasados, no ha puesto padre sus piés en el taller. Parece que cuanto más tiempo pasa desde la partida de Simon, tanto más se graba en su corazon el sentimiento de su ausencia. Durante las largas horas que sus ocupaciones le retienen fuera de casa, formo siempre la firme resolucion de decirle á su vuelta:—Teneis necesidad de distracciones y olvidais que teneis á vuestro alcance unas que os son muy gratas.—Llega, y su mirada me pregunta:—¿Tienes alguna carta que darme de tu hermano?—Bajo la cabeza, me comprende, suspira, y yo, participando de su dolor, olvido que mi deber es consolarle. Esta mañana formé el propósito firme de que no me sucederia lo de siempre; mas como suponía, con razon, que no encontraria palabras bastante eficaces para obligarle á volver á sus queridos hábitos, y tratando de recordárselos, á falta de elocuencia, empleé la astucia; una de esas astucias tan sencillas que no necesitan un gran esfuerzo de imaginacion y no valen

más que por la intencion con que se emplean. La llave del taller de mi padre está casi siempre suspendida de un clavo cerca de la puerta; la cogí y la coloqué en el suelo de modo que tropezara en ella en el momento de entrar en su habitacion. Hé aquí el plan que me habia formado y el éxito que esperaba de mi sencilla combinacion:—El choque del pié hará rodar con ruido la llave; padre la recogerá y en cuanto la tenga en su mano le será imposible resistir al deseo de volver á abrir la puerta tanto tiempo cerrada. Que vuelva á entrar en su taller, que vea sus pinturas, y nuestra existencia volverá á tomar su curso habitual. Padre ha vuelto, y como esperaba, su pié ha echado á rodar la llave, la ha recogido: le he visto vacilar un momento, pero sin duda los ojos expresaban mi deseo, porque me ha contestado: «¡No, aun no!» y cruel para consigo mismo ha vuelto á colocar la llave en el sitio acostumbrado.

12 de Agosto.—¡Victoria! por fin hemos llegado al término de esta lucha que debia prolongarse hasta la llegada de la primer carta de mi hermano. Simon ha escrito aprovechando la ocasion de un descanso: su carta es altamente satisfactoria para nosotros; nuestro viajero se encuentra perfectamente bueno y tiene las mejores esperanzas. No podia menos de ataviarme con uno de mis mejores trages para llevar tan interesante mensaje. Pero estando ya ataviada y dispuesta para salir, me asaltó esta duda:—No tengo quien me acompañe; ¿es conveniente que una jóven vaya sola y expuesta á extraviarse á las oficinas de una gran administracion, donde no puede encontrár más que hombres? Conozco perfectamente la opinion de mi padre sobre este particular. Es cierto que cuando afeaba delante de mí esta falta de decoro, no pensaba en la carta de Simon. Obligada por esta consideracion á permanecer en casa, y no queriendo por otra parte participar sola por mucho tiempo de tanta felicidad, vacilaba entre los dos únicos partidos que podia tomar: ó bien enviar la carta por medio de un propio, lo que era expuesto á que se perdiese, ó dirigir á mi padre cuatro renglones, lo que me privaba de participar de la primera de las expansiones de su ale-

gría. No sabía qué partido tomar, cuando el ruido de unos pasos muy conocidos hizo rechinar los escalones y palpar mi corazón. Al entrar mi padre, me preguntaba á mí misma cómo me arreglaría para evitarle esta sorpresa, á fin de que fuese una alegría saludable y no una conmoción peligrosa. Pero antes de que tuviese tiempo de pronunciar la primer palabra, me examinó de piés á cabeza y me dijo bruscamente:

—Dame la carta de Simón.

Sorprendida por tan inesperada salida, repliqué:

—¿Quién os ha dicho que yo tengo carta?

—Tú misma: te veo adornada y adivino que hoy es día festivo para casa.

Nuestra comida ha sido encantadora.

A los postres hemos releído juntos la carta de mi hermano; padre se levantó enseguida de la mesa, y por último, descolgó la llave de su taller, abriendo inmediatamente su puerta; mas en lugar de entrar, se ha vuelto hácia mí y me ha dicho con cierta solemnidad:

—Esperaba un gran día, uno de esos días que hacen época en la vida, para darte aquí los derechos de tu madre. Ese día tan esperado no podía ser mejor que este; Magdalena, desde hoy no estará ya cerrada esta puerta para tí.

¡Por fin, me era permitido traspasar aquel dintel donde hasta entonces se habían detenido las más audaces tentaciones de mi curiosidad! Tan grande era mi emoción en aquel momento, que apenas oí á mi padre cuando me dijo:—¡Ven!—No comprendí que me había llamado hasta que, cogiéndome por el brazo, me introdujo él mismo en ese santuario del artista velado á los ojos de los profanos.

¡Por último entré! Entonces padre, con un sentimiento de orgullo que sin duda disculpa su talento, me hizo admirar los numerosos cuadros que cubren las paredes de esta espaciosa sala, explicándome minuciosamente todas las bellezas que no hubiera comprendido sin su auxilio.—En este llama la atención la verdad y solidez de los terrenos; en este otro se pierde la vista en

la profundidad de los cielos, y en aquel otro, ¡qué transparencia de aguas!—Y yo respondí: ¡Si! ¡si! con confianza y tambien con algo de estupor, porque la animacion que brillaba en los ojos de padre tenía algo de sublime y de espantoso al mismo tiempo. Yo, pobre ignorante, trasportada de pronto en medio de las obras del genio, me sentía más bien cegada que admirada; tanto que, sin la ilustrada conviccion del pintor, ante quien debe humillarse mi insuficiencia, me creeria rodeada solo de bocetos. Mi silencio debió inquietar á padre, pues me dijo:

—Magdalena, habla con franqueza, ¿qué impresion sientes aquí?

—La del respeto que os debo.

Esta respuesta no le satisfacía, porque añadió:

—¿Te pregunto qué efecto producen sobre tí estos cuadros?

—No me creo competente para juzgar por mí, respondí; pero creo que deben ser muy buenos para los que conocen el arte.

Padre, al oír estas palabras, se ha sonreído con cierto desden y le oí murmurar entre dientes:—¡Como su madre!

28 de Agosto.—Estoy amenazada para mañana con un convidado que no conozco, y digo amenazada, porque todo lo que debe turbar, aunque no sea más que momentáneamente el orden establecido de nuestros hábitos diarios, me inquieta y me asusta como el anuncio de una catástrofe. El convidado de padre es uno de sus antiguos discípulos: dotado de una fortuna, que ha perdido casi por completo, se ve obligado hoy á venir aquí á solicitar un empleo, en la edad en que los demás piensan en retirarse á descansar. Héme aquí, pues, por primera vez, frente á frente con una de las más difíciles pruebas reservadas á un ama de casa: la recepcion de un convidado. Sin embargo, debo ser justa; mi mision en este grave acontecimiento doméstico nada tiene de extraordinario: se limita á la preparacion anticipada y escrupulosa del servicio de mesa, y á añadir un plato más á lo acostumbrado. ¡De buena gana me atreveria á ensayar la confeccion de la excelente crema de almendras garapiñadas que nuestra madre preparaba admirablemente! Sí, yo debo esme-

rarme, primero por mi honra de ama de casa y despues para tranquilizar mi conciencia, atormentada hacia algunas horas. Preciso es que padre quede satisfecho mañana de mi comportamiento, para que me perdone la falta que he cometido involuntariamente esta mañana.

Desde que me ha concedido el privilegio esclusivo de entrar en su taller, Dios sabe cuántas horas he pasado sola en él, á fin de familiarizar mis ojos con las obras del arte y ejercitar mi talento para comprender sus bellezas. ¡Pero qué criatura tan vulgar soy, puesto que siempre he creido que los cuadros que agradaban más eran los mejores, y que en pintura, lo mismo que en cualquiera de las manifestaciones del genio, el mérito consistia sobre todo en el encanto! Padre, poniendo con la mayor bondad sus obras ante mis ojos, para formar mis ideas sobre este punto, me ha probado cuán engañada estaba. Mucho me temo que sus perseverantes lecciones no lleguen á formar mi gusto; pero le deberé al menos no dejarme engañar por lo que atrae y seduce mis miradas. Ahora sé ya que una obra maestra en pintura es precisamente lo contrario de lo que me agrada.

A falta del progreso en el conocimiento exacto de lo bello, deseosa de probar á mi padre mis buenos deseos por elevar mi talento hasta poder apreciar sus obras, paso algunas veces una hora entera absorbiendo todas mis facultades pensadoras, en la contemplacion de un cuadro para obligar á mi rebelde inteligencia:—Tú debes persuadirte de su mérito, puesto que padre lo está.

Esta mañana estaba la primera en el taller, y me ha encontrado padre tan completamente entregada al exámen de uno de sus lienzos, que su llegada no pudo distraerme de este estudio.

—En buen hora, me ha dicho, *tú* concluirás por comprender la pintura!

El acento con que pronunció la palabra *tú*, manifestaba bien el recuerdo doloroso de otra persona que tambien tuvo la desgracia de no poder admirar instintivamente un mérito que solo pueden apreciar inteligencias superiores. Para defender á aque-

lla persona á quien se dirigia indudablemente esta expresion de sentimiento y confirmar la opinion de padre acerca de mis conocimientos adquiridos, respondí:

—Ella consagró tanto amor al artista, que bien puede perdonársele haber guardado tan poco para apreciar sus obras;—y añadí, dirigiéndome á un retrato que me llamó la atencion, no por la semejanza, sino por un adorno que conocia muy bien:—
¿No es cierto, buena madre, que he comprendido bien tu razon?

Padre, conmovido, me condujo junto al retrato que acababa de señalar, y me dijo con la alegría que hace experimentar una justicia tardía.

—¡ Ah! ¡ tú no te engañas! ¡ Convienes en que es ella!

—No podia engañarme, repliqué sin meditar, he reconocido al momento su cinta color punzó.

Y en efecto, es cuanto habia reconocido de ella.

Ocupada en contemplar el retrato, no pude leer en el semblante de mi padre el efecto de mis palabras; pero en el estremecimiento repentino que me sobrecogió, comprendí que habia dicho una necedad. Salió del taller, yo le seguí para tomar el desayuno; nos pusimos á la mesa y no hemos hablado una palabra de pintura, ó para decir verdad, de nada.

Creo que padre se hubiera separado de mí sin dirigirme la palabra, si no hubiera recibido en el momento de salir para su oficina una carta del pretendiente, su condiscípulo, que acepta para mañana su convite.

Padre me ha dicho: «Everardo me recuerda que hace veinte años fué muy bien recibido por tu madre; pórtate de manera que conserve en su agradecida memoria dos buenos recuerdos.»

Me encontraba aun demasiado confusa con lo que acababa de pasar en el taller, para atreverme á contestarle; sin duda leyó grabado en mi rostro el dolor que me oprimía, porque no salió sin estampar antes un beso en mi frente.

En mi interior dí gracias á nuestro convidado. Era justicia, puesto que á él le debo el conocer mucho antes de lo que espe-

raba que el amor propio lastimado del artista, no me habia quitado el cariño del padre.

Pero no puedo perdonarme que mi necia observacion de la cinta color punzó haya herido de un modo tan sensible á quien sin embargo no quisiera disgustar. La prueba de que sufre aun, es el cuidado que ha tenido esta noche de llevarse la llave del taller á su dormitorio. No quiere encontrarme en él mañana temprano.

Esto me demuestra que el gran artista no espera poder iniciarme nunca en los secretos del arte, que es el encanto y el tormento de su vida.

Yo misma estoy desalentada y siento no poder admirar lo que no comprendo.

¡Pobre padre! Dios le ha dado dos compañeras que á pesar de adorarle con el corazon, no han podido llegar hasta identificarse con su génio.

En pintura soy tan incapaz como mi madre. ¿Tendré al menos su habilidad para componer la crema de almendras escarchadas?

29 de Agosto.—Mr. Everardo, gracias; nosotros os hemos prestado la hospitalidad, pero en cambio, nos habeis traído la alegría.

El gracioso convidado tiene una memoria feliz, y sabe aprovechar el momento oportuno para evocar un recuerdo de esos que dan expansion al ánimo, evocando oportunamente las alegrías de los tiempos pasados. Mr. Everardo tiene una conversacion muy animada, pues aun cuando nada ha dicho que sea interesante para mí, sin embargo, he oido con gusto cuanto ha dicho, y no podia menos de suceder así, al ver á padre rejuvenecer visiblemente con las inspiradas palabras de su antiguo amigo. Transportado, por decirlo así, á sus mejores dias pasados, no era ya Mr. Kress, el viejo oficinista, el que estaba en mi presencia. Su talle, algun tanto encorvado, habia vuelto á erguirse, y su pálido semblante se reanimaba: su voz, generalmente débil y tímida, habia tomado un acento tan firme de autoridad, que le miraba y escuchaba con tanta admiracion como placer. ¡Me pa-

recia transfigurado! Le veia tal como me le habia retratado muchas veces mi madre, en fin, tal como yo, hija suya, nunca le habia conocido. Era Joel Kress á los veinte años de esto, cuando abrigaba la certidumbre de un glorioso porvenir y tenia confianza en su génio.

De las dos fuerzas que le sostenian en los dias de su juventud, le queda una todavia, la confianza en sí; pero ya no es él solo quien abriga esta; alguno participa de ella, y es el bueno de Mr. Everardo.

Era cosa digna de oir al gran artista y su admirador, evocando sus recuerdos y renovando sus antiguas esperanzas.

En cuanto á mí, que estaba silenciosa durante su conversacion, tomé parte en ella con el corazon, y más de una vez, arrebatada por el entusiasmo producido por sus palabras, asomaron lágrimas á mis ojos; lágrimas de contento y orgullo: estaba orgullosa con el nombre que llevo, tanto que hasta creí que comprendia el arte del divino Apeles.

—¡Qué gran maestro hubiéramos tenido en tí, Joel, si hubieras querido cumplir lo que prometias!

—¡He cumplido y hasta con exceso! respondió con vehemencia padre; mis pruebas están allí; y designaba su taller.

—Sí, pero ocultas en tu casa, como enterradas. ¡Egoista! ¡Avaro! olvidas que el talento, la inspiracion, son dones preciosos del cielo concedidos á los grandes artistas, con la condicion de ejercitarlos para la instruccion y recreo de los demás. ¡Robas á tu siglo, miserable!

—¡Pero no robaré á la posteridad! replicó padre, alhagado con las reprensiones de su amigo. Dejo á los hombres célebres de hoy que alboroten; ¿quién se acordará de ellos cuando se hable de mí? Porque yo no me desaliento, no; tengo paciencia y es fácil tenerla cuando se puede decir: ¡Mi tiempo llegará!

—Y mientras tanto, observó Mr. Everardo, gran artista ignorado, filósofo práctico, vegetas oscuramente atendido á un mezquino empleo, que cuando más, convendria á una medianía como yo. ¡Ah! si yo hubiera tenido el talento que reconozco en

ti, tal vez no me hubiera impedido perder mi fortuna, pero tampoco estaria reducido á esperar una vacante en tu administracion ó en otra parte. En fin, has creido que te convenia ser un triste escribiente, y has obrado mal; porque además de no ocupar tu puesto, usurpas el que pertenece á otro.

Mr. Everardo habia dicho lo que precede con verbosidad, claridad y franqueza; pero al decir las últimas palabras, se apagó su voz y habló entre dientes, como sucede cuando no se quiere decir todo su pensamiento.

Sin embargo, esta fué la única vez que desmintió su amable carácter, pues casi inmediatamente volvió al tono apasionado y jovial con que habia sostenido hasta entonces la conversacion.

A pesar de su rápida transicion, no fuí la única que advirtió el brusco cambio de nuestro convidado; padre se apercibió tambien, porque contestando al pensamiento íntimo de su amigo, dijo:

—Me acusas por la resolucion que he tomado y la vida oscura que llevo; eso consiste en una promesa que tengo hecha. Tal vez no hubiera debido hacerla; mas una vez hecha, debo cumplirla; pero en lugar de reprenderme, me compadecerias, y hasta me admirarias si pudieras comprender toda la abnegacion, todo el valor que se necesita para cumplir el compromiso de guardar para el porvenir lo que haria hoy nuestra fortuna y que un dia será nuestra gloria.

Adiviné que al fin de esta conversacion se pronunciaria el nombre de mi madre, pero no para honrarle y bendecirle como merece: así, que por amor á esta memoria querida, resolví cortar la confidencia en su principio, y planté en la mesa mi crema de almendras escarchadas. ¡Estaba cortada! ¿fué una desgracia? No, puesto que este accidente sirvió de diversion el resto de la tarde. Nuestro convidado se ha burlado de mí; pero ¿qué importa? Padre ha sido tan feliz hoy, que yo repito aun: gracias, Mr. Everardo.

20 de Setiembre.—Son cerca de las doce de la noche, y hace más de dos horas que estoy sola en mi cuarto, libre para refle-

xionar sobre lo que ha pasado, y en este momento me encuentro aun tan loca de alegría, tan satisfecha por mi padre del suceso de hoy, que me es imposible ordenar mis recuerdos. Probemos.

Hoy domingo, hacia el medio dia, un vejete, bastante mal vestido, y que desde luego me pareció muy grosero, vino á preguntar por Mr. Joel Kress, artista pintor. Como es la primera vez que se califica así á padre, me quedé sorprendida sin acertar á responder, y tenía la puerta entreabierta.

—Si no está en casa, me dijo el forastero entrándose de rondon, sin dirigirme una palabra para excusar su osadía, y arrellanándose en la butaca del amo, esperaré su vuelta, pues no puedo volver; marchó esta noche, y no quiero salir de aquí con las manos vacías.

Si hubiéramos tenido deudas, que Dios nos libre, hubiera creído por las extrañas palabras de este caballero y sus maneras grotescas, que tenía que habérmelas con un acreedor; pero gracias al cielo, nada debemos; así, que le pregunté sin inmutarme su nombre, y qué quería de mi padre. Me respondió muy impolíticamente, sin levantarse, y consultando con la vista las notas de un librito de memoria que habia sacado del bolsillo.

—Como no tengo que tratar más que con Mr. Joel Kress en persona, todo lo que digamos aquí es tiempo perdido. Si está fuera de casa, ocúpese Vd. de sus quehaceres, como si yo no estuviera presente; si por el contrario, está, dígame Vd. inmediatamente que preguntan por él, porque tengo contados los minutos y es inútil que me haga Vd. perder un tiempo precioso.

En efecto, padre estaba en casa, pero en su taller, y me habia dicho al encerrarse en él:

—Escepto por nuestro amigo Everardo, no me distraigas por nada ni por nadie.

Generalmente respeto religiosamente esta consigna; pero viendo que me seria imposible desembarazarme de este vejete tan tenaz como impolítico, llamé á la puerta del taller y dije á padre por el agujero de la llave:

—Responded vos mismo que no estais; de otro modo, el señor que está aquí no querrá irse.

A mi voz, se abrió la puerta del taller, y padre apareció en el dintel paleta y pinceles en la mano,

A la vista de el artista, nuestro visitador se levantó de repente, y volvió á pasar por delante de mí, pero esta vez me dijo:

—Gracias.

Y se deslizó en el taller, de la misma manera que se habia introducido en la sala.

Oí por un momento á padre reclamar contra aquella manera de introducirse en casa ajená, sin pedir siquiera permiso, y esperaba ver salir inmediatamente al indiscreto, confuso y avergonzado; pero en lugar del intruso, fué padre quien volvió á aparecer en la puerta, para decirme únicamente estas palabras:

—Déjanos.

Despues de esto se encerró con el vejete, y permanecieron juntos más de una hora.

A pesar de las tentaciones de la curiosidad, he esperado hasta el fin de la misteriosa conversacion, sin ceder una sola vez al deseo de escuchar á la puerta. Para ello he necesitado armarme de tanto más valor, cuanto que muchas veces se elevaban las voces como en un debate acalorado, y á lo animado de la conversacion se unia un extraño movimiento del mueblaje. Eran los cuadros que se descolgaban.

Por último, la conversacion terminó; la puerta se volvió á abrir y ví marchar al extranjero, que con ademan triunfante llevaba un cuadro en la mano. Entonces comprendí el sentido de estas palabras: «No saldré de aquí con las manos vacías.»

En cuanto á padre, estaba pálido de emocion, y adiviné fácilmente que hacia un gran esfuerzo para acompañar á su huésped hasta la puerta de la escalera, y responder al: «¡Hasta la vista!» con que este se despidió de él.

En cuanto nos quedamos solos, padre, que no necesitaba ya reprimirse, se arrojó en su sillón, apretó su frente con las manos y exclamo:

—¡Julia! ¡Oh Julia!

Al oír el nombre de nuestra madre, me acerqué á él para interrogarle; levantó sus ojos hácia mí; estaban arrasados en llanto. Me quedé muda por la sorpresa; era la primera vez que veía llorar á mi padre.

Este, respondiendo á la pregunta que yo quería y no podía dirigirle, me dijo:

—Lloro por la dicha que hubiéramos podido tener y de que ella no ha querido disfrutar. Lloro la oscura existencia que su tímida prudencia nos creó, y que yo pude haber hecho tan bella! Magdalena, me dijo, atrayéndome hácia él por un movimiento de cariño; Magdalena, tu padre puede ahora decir con justo motivo: no, no es uno de esos locos orgullosos, que su impotencia condena á morir ignorados. ¿Sabes quién es el hombre que estaba aquí hace un momento?

—No, repliqué; no ha querido dar su nombre más que á vos solo.

—¿No has oído nada de nuestra conversacion?

—Nada, padre mio; ¿no me habiais dicho: queremos estar solos?

—Es cierto. Pues bien, escucha y enorgullécete, sé feliz conmigo, puesto que no somos más que dos para participar de las alegrías de la casa. ¿Por qué nos habrá dejado Simon? ¡Ah! si viera ahora tu madre! exclamó mi padre antes de empezar la confidencia; enseguida continuó:—Ese forastero que tú querias hacerme despedir, es el famoso Wagner, de Viena; uno de los más inteligentes peritos en cuadros de Alemania; á quien consultan los príncipes para enriquecer sus galerías. ¿Quién le habrá hablado de mis obras, de las que á nadie he hablado más que á tí? ¿Cómo ha descubierto mi morada? Es un secreto que me revelará más adelante. ¡Qué importa! lo esencial es que ha visto mis cuadros; comprende mi pintura! se ha comprometido á colocar cuanto ha producido mi pincel. ¿No es cierto que esta es ya una magnífica esperanza? Pero hay una cosa mucho mejor para nosotros que una esperanza, tengo la realidad; Magdalena, ¡he vendido mi primer cuadro!

Y para probar la verdad de sus palabras, extendió sobre la mesa un puñado de monedas de oro.

¿Qué podré decir del resto del día, después de semejante hecho? Nada: éste absorve los demás recuerdos: todo desaparece en el ruido de estas palabras: «Hoy domingo, 20 de Setiembre, Joel Kress, el gran artista, ha vendido su primer cuadro.»

¿Por qué ha partido Simon? dije á mi vez; ¡ah! ¡si nuestra madre viviera aun! Si ella viviera, diria conmigo á padre, humillándose y contemplándose feliz con tener que humillarse ante él:—Perdona que no hayamos sabido más que vuestra bondad, y hayamos desconocido vuestro génio. Sabíamos muy bien que teniais un gran corazón, sin necesidad de que nadie nos lo dijera; cómo hemos podido dudar que tuvierais un gran talento, cuando vos lo afirmábais? Hemos tenido amor, pero nos ha faltado la fé. Querido artista, mal comprendido, á quien quitábamos las fuerzas, y que sin embargo, no ha perdido el valor. ¡Perdónanos!

21 de Setiembre.—Nuestro amigo Everardo ha venido muy temprano á despertarnos. Yo he sido la única que le he oido llamar. Dió su nombre á través de la regilla, y con los ojos aun medio cerrados, me apresuré á vestir una bata y fui á abrir la puerta de la escalera, pero sonriendo con el recuerdo del fausto acontecimiento de la víspera. Lisonjeaba mi amor propio ser la primera que le comunicara nuestro cambio inesperado de fortuna. Pero en lugar de aquel rostro, por lo general franco y expansivo que inspira confianza y provoca las confidencias, encontré en su fisonomía un no sé qué, que contuvo mi revelacion.

—Tal vez sea una indiscrecion, me dijo, venir á casa ajena á tales horas; pero cuando uno ha velado toda la noche, cree que porque es de dia, todo el mundo debe estar levantado. Además se me puede perdonar el ser hoy tan madrugador; puesto que no volveré á ser importuno otra vez: vengo á despedirme de Vdes.

Un triste suspiro acompañó á estas palabras.

Le miré mejor, y advertí en su semblante que no sólo estaba

inquieto y violento, sino que la expresion de su rostro manifestaba una viva inquietud y un profundo pesar; así, que no pude menos de felicitarle por haber guardado silencio acerca de la feliz visita que recibimos ayer.

Nuestro amigo tenía un sentimiento que abrumaba su alma, y me pareció un deber de humanidad callar nuestras venturas. La más odiosa de todas las impertinencias de la vanidad satisfecha, me parece aquella que hace ostentacion de sus alegrías ante los corazones oprimidos por el dolor.

A una jóven como yo no la es lícito interrogar á una persona de la edad de Mr. Everardo sobre la causa de sus pesares.

Me contenté con dirigirle una mirada que queria decir:

—Siento nuestra separacion y compadezcó vuestras penas cuya causa ignoro.

Me disponia á llamar á la habitacion de mi padre, para anunciarle la marcha de nuestro amigo, cuando este me detuvo y me dijo con cierta vacilacion, en la que se traslucia una marcada inquietud.

—Magdalena: he dado á Vd. una noticia; en cambio ¿no tiene Vd. nada que decirme?

Confieso ingénuamente que me admiró esta pregunta. ¿Aludiria acaso al acontecimiento de la víspera? y en todo caso, ¿cómo lo habria sabido?

Desde la visita del extranjero no habíamos salido de casa; de todos modos, me era fácil conocer en la ansiedad de su mirada que esperaba con impaciencia mi respuesta, como si lo que tenia que manifestarle tuviera algun punto de contacto con su interés personal; pero la sorpresa que esto me causó me volvió muda por el momento.

—¿No ha venido? ¡Me habrá engañado! exclamó entonces Mr. Everardo, con un movimiento de ojos y un fruncimiento de cejas, tan parecido á un arrebato de cólera que no pude menos de asustarme.

Se apercibió de mi asombro y se mordió los labios, como hacemos generalmente cuando cometemos una torpeza por aturdi-

miento. Sin embargo, continuaba preguntándome con la mirada.

Por último repliqué:

—Si quiere Vd. hablarme de un extranjero, perito en pintura, llamado Mr. Wagner, tranquilícese Vd., le hemos visto ayer; visitó el taller, y lo que es mucho mejor, ha comprado una de las obras de mi padre.

A medida que se desprendían estas palabras de mis labios, volvía la serenidad al semblante de nuestro amigo, se borraban los pliegues de su frente y respiraba con más libertad. El cambio que veía operarse en él, me hizo comprender sin necesidad de un gran esfuerzo de imaginación, que no era extraño á la visita del perito. Comprendía perfectamente que su estrecha amistad con el artista le interesara tanto por nuestro bienestar, para que enviase á casa un comprador; pero lo que no podía explicarme, lo que no me esplico aun, es el por qué la falta de esta visita le arrancó aquel grito de indignación y de cólera:

—¡Me habrá engañado!

Padre que nos había oído, llegó.

Convencida ya de la participación de Mr. Everardo en la buena fortuna de la casa, me apresuré á decir:

—¡Padre mio! abrazadme por el descubrimiento que he hecho. Ayer no podía Vd. adivinar cómo había llegado vuestro nombre y la fama de vuestro talento hasta el perito en pintura; hoy puedo aseguraros, sin miedo de engañarme, que el autor de tan feliz indiscreción está presente:

Y designé á nuestro amigo, que me pareció más bien contrariado que halagado por mi penetración.

Sin embargo, concluyó por confesar que no me equivocaba; pero al hacer esta confesión, declaró, que si como lo esperaba, hubiera sido yo la primera en hablar del acontecimiento de ayer, se hubiera guardado muy bien de decirnos la parte que había tomado en él.

Singular escrúpulo, que debía disgustarnos en semejante caso; porque su silencio nos hubiera dejado en la incertidumbre de no saber á quién debíamos agradecer tan señalado beneficio: efec-

tivamente, parece incompleto el favor recibido cuando falta un nombre que agregar á él.

Habia dicho:

—¡Abrazadme, padre mio!

Pero la revelacion que siguió á mis palabras, hizo que en lugar de dirigirse á su hija se arrojase en los brazos de su antiguo condiscípulo.

Noté que este movimiento de entusiasta amistad, producía en Mr. Everardo un sentimiento de malestar. Pero naturalmente, debía atribuir este á la triste preocupacion de la partida que me habia anunciado al llegar.

Al volver á mi memoria este recuerdo, interrumpí á mi padre, que entregado enteramente á sus esperanzas en el porvenir, reanimadas la víspera, me pareció que hablaba con demasiada franqueza de sus alegrías á quien yo suponía desgraciado.

—Preguntad, pues, á nuestro amigo, por qué quiere partir.

—Sí, Everardo piensa dejarnos, dijo, pero no será más que por algunos dias.

—Es para no volver, repliqué; viene esta mañana á despedirse para siempre.

Padre no queria creer tan fatal nueva; su amigo se la confirmó.

Estrechado por las preguntas sobre su resolucion tan inesporada, respondió que sus infructuosas tentativas como pretendiente habian aniquilado su valor. Engañado una vez más la víspera en sus esperanzas de encontrar un empleo, rechazado en todas partes por su edad, solo en la administracion donde trabajaba mi padre habia encontrado una acogida algun tanto favorable y aun esa debía indudablemente atribuirle á la imposibilidad de que hubiera una vacante próxima en las oficinas.

—¡Y por eso renuncias á esperar! dijo padre: ves lo que me sucede y no quieres creer en el dia de mañana. Mírate en este espejo: he sufrido muchos desengaños, sin hablar de los desprecios; á pesar de eso, no he desesperado, y ya ves que he hecho bien.

—¡Oh! tú, objetó Mr. Everardo, te apoyabas en la confianza que te inspiraba tu mérito, y tenías además un amigo que ha sabido hacerte justicia.

Ya era tiempo de que Mr. Everardo se decidiera á confesar con franqueza lo que habia hecho por nosotros; así, que padre, tomándole la mano, le dijo:

—El que te debe un eterno reconocimiento por tu generosa accion, te pagará con usura, y no descansará hasta proporcionarte un empleo, que te pueda servir para atender decorosamente á tus necesidades, si no es hoy, mañana; aun cuando para ello tenga que revolver el cielo y la tierra, á *Roma con Santiago*.

—¡Hoy ó mañana! replicó el pretendiente desalentado, es decir, en un porvenir incierto. No; gracias por tus buenas intenciones; más vale que parta hoy.

—¿Y si te dejase ir? preguntó padre, ¿á dónde irás? ¿qué harás? ¿En qué país encontrarás protectores desinteresados y una posicion acomodada á tus circunstancias?

—En ninguna parte, sin duda, y por lo mismo me he decidido á no suplicar á nadie: con lo que me resta, trataré de vivir modestamente hasta que llegue la época, en la cual, con mi acta de nacimiento en la mano pueda reclamar un puesto en el asilo de la vejez.

Padre se estremeció al oír estas palabras que llenaron de angustia mi corazón; levanté mis ojos preñados de lágrimas sobre este desgraciado de Mr. Everardo, y tengo que arrepentirme de una duda ofensiva para él, porque me pareció que la expresion de su rostro no estaba en armonía con sus palabras, y me atreví á dudar de la sinceridad de su pensamiento.

Padre replicó, tratando de vencer la desesperada resolucion de su amigo.

—¡Y piensas vegetar diez años en un rincon para terminar tus dias en un hospicio! Magnífico desenlace, en verdad, de una vida comenzada en la opulencia.

—Sí, observó Mr. Everardo con acento desgarrador; mi existencia ha empezado como concluirá la tuya.

—Y la fortuna que se entra por mis puertas, ¿á quién la debo? dijo padre; ¡á tí, Everardo! Si puedo ser conocido en vida, es porque tu amistad ha creído en mi talento, y crees tú que yo, deudor para contigo de tan gran beneficio, permitiré....

Aquí se detuvo padre de repente y reflexionó un momento; yo trataba de leer su pensamiento en sus ojos, y lo conseguí fácilmente, puesto que este era también el mío. Nuestras miradas nos dijeron que nos habíamos comprendido. Entonces padre, creyéndose más fuerte para luchar con los delicados escrúpulos de nuestro amigo, atribuyéndome la feliz inspiración que se contenía en nuestros corazones, le dijo:

—Magdalena tiene razón, Everardo, quédate con nosotros; la casa de Joel Kress no es aun bastante rica, pero últimamente siempre es mejor que el hospicio.

—El condiscípulo de padre es orgulloso; esta proposición le hizo palidecer, y con su ademán nos decía claramente si habíamos tratado de ofenderle.

—¿Esto no te conviene? replicó su amigo con aire desconcertado, ¡sea! no hablemos más del asunto, á no ser que varíes de modo de pensar, en cuyo caso te suplico únicamente que recuerdes que mi casa es la tuya.

Un *gracias* seco y frío fué la única respuesta que mereció proposición tan cordial; y enseguida se levantó repitiendo su despedida.

El beneficio desinteresado que acababa de prestarnos, debiera haberme hecho fuerte contra toda sospecha malévola respecto á las intenciones de Mr. Everardo, que no me parecia tan sincero como le habia creído al principio; pero por legítimo que me pareciera su cambio de aspecto, aun cuando me esforzara por dar la mejor interpretación posible al sentido de sus palabras y al cambio de su fisonomía, cruzaron por mi mente estas odiosas ideas de que me acuso:—Hay un pensamiento oculto en la despedida de Mr. Everardo. Al venir aquí esta mañana, esperaba otra cosa de nuestra gratitud que la que le ofrecemos, y su negativa reconoce otra causa distinta enteramente de la suscepti-

bilidad de un carácter elevado. Ignoro cómo se pinta el despecho de una esperanza engañada; pero si tuviera que representarla, haria el retrato de nuestro amigo en este momento.

Mientras yo me hacia estas reflexiones, padre acompañaba á su discípulo hasta la puerta; mas en el momento en que iba á salir, le cogió de pronto el brazo y le dijo, con el acento del que acaba de tomar de pronto una gran resolucion:

—Everardo, es imposible que nos separemos así. Supongo que no tendrás la intencion de partir en ayunas, y quiero que almorcemos juntos. ¿Quién sabe si á los postres tendrás las mismas ideas? ¡Espero que no! Por lo menos bueno es probarlo, nos veremos, espérame, vuelvo enseguida.

Sin más esplicaciones, me ordenó pusiese la mesa, tomó el sombrero y salió precipitadamente. Noté tambien que Mr. Everardo no puso objecion alguna á la brusca invitacion de padre: se puso á la ventana para observar hácia dónde se dirigia su amigo, y no abandonó su puesto de observacion hasta que le vió volver á casa.

—Ya esta aquí, me dijo volviéndose hácia mí, puede Vd. servir el almuerzo.

La manera con que acentuó estas palabras:—¡Ya está aquí! me extrañó, y ví en ellas la expresion de una secreta impaciencia, difícil de conciliar con la actitud que habia tomado desde su entrada en casa. No podia comprender que esperase con tanta inquietud la vuelta de un amigo de quien se despedia una hora antes con tanta frialdad.

—Everardo, dijo padre al entrar, acabo de reparar mis faltas para contigo y de pagar la deuda contraida. Cuando esta mañana te ofrecí, de acuerdo con mi hija, un asilo en nuestra casa, la franqueza de mi proposicion no me permitió ver lo humillante que hubiera sido para tí el aceptarla. Comprendo tu negativa y la apruebo: por muy bien que se esté en casa de un amigo, nunca se está como en la suya propia. Es cosa decidida, no habitaremos bajo el mismo techo; pero no partirás.

La venta de mi cuadro á Mr. Wagner, el famoso perito de

Viena, y las proposiciones que me tiene hechas para el porvenir me deciden á consagrar todo mi tiempo á la pintura. Tú no esperabas más que una vacante en mi administracion para colocarte, pues bien; á estas horas hay un puesto vacante: el mio, ó por mejor decir, la plaza está ya ocupada, porque al presentar mi dimision he recordado á nuestro director que te habia hecho una promesa formal; lo sabia y habia tomado nota exacta; la prueba es que esta misma tarde recibirás tu nombramiento.

Mr. Everardo no me pareció tan sorprendido como debia estarlo por el generoso desprendimiento de su amigo. Sin embargo, examinándole bien, no he podido menos de sospechar y decir para mí:—Lo que acontece lo esperaba.

Hé aquí ya á padre libre para entregarse de lleno á su ocupacion favorita.

Mañana ocupará su puesto en la oficina Mr. Everardo que ha recibido esta misma tarde su nombramiento.

Veo al artista tan alegre de no tener que emplear lo mejor de su vida en una ocupacion monotonica y fatigosa, que conozco debo participar de ella, y sin embargo, para conseguirlo tengo que violentarme. Nuestro cambio de existencia me causa una vaga inquietud; pienso en mi madre; me pregunto qué pensaria de esto si viviera, á fin de pensar como ella, y.... no estoy contenta.... ¿por qué?

14 de Octubre.—Mañana debe verificarse uno de los grandes acontecimientos de mi vida. ¡Vamos á cambiar de domicilio por la primera vez! La idea de cambiar de morada se le ocurrió á padre el dia que dimitió su destino por favorecer á nuestro amigo Everardo.

Con este acto no ha hecho más que adelantar algo la época de su libertad, pues ya estaba resuelto á dejar su empleo; pero más adelante, cuando Mr. Wagner empezase á realizar sus promesas. Así que, solamente se ha sacrificado el sueldo de algunos meses, y padre debia hacer este pequeño sacrificio por el amigo desesperado que le abre el camino de la gloria y de la fortuna; pero como consecuencia natural de este nuevo cambio

de nuestra existencia, hasta ahora tan regular, va á producir la más completa revolucion en nuestros hábitos domésticos.

Padre pensó con razon que, no obligándole sus ocupaciones diarias á habitar en la ciudad, estaria mucho mejor para trabajar en la pintura en cualquier punto fuera de nuestra calle estrecha, oscura y ruidosa. Conoce que el aire del campo, tan saludable para todos, es muy necesario para las concepciones del artista. Esto es cierto, y todo el mundo lo comprende, y sin embargo, temió que yo no lo comprendiera, yo que tanto me agrada el campo! Así que, para anunciarme su intencion de variar de morada, ha empleado una porcion de rodeos. Como me vió algo turbada con la idea de la mudanza, que nunca se me habia ocurrido, tomó por oposicion á su proyecto, lo que no era en realidad más que efecto de la sorpresa; y temiendo que yo creyera que trataba de imponerme violentamente su voluntad, se apresuró á decirme, con una falta de sinceridad que manifestaba claramente su inalterable bondad para conmigo:

—Por último, Magdalena, esto no pasa de ser un proyecto vago; no saldremos de aquí hasta que no encontremos una habitacion mejor.

Por fortuna tengo algo de mi madre; cuando es padre quien habla y trata, por una generosa timidez, de disfrazar su pensamiento, mi malicia levanta el velo con que trata de ocultarle, y en lo que se calla adivino lo que desea. Ahora bien: en aquel momento deseaba que yo misma viniera á participar de sus deseos y que apareciese como principal interesada en el designio que habia formado. Lo comprendí así, con tanta más facilidad, cuanto que en las palabras:—Nada nos obliga,—habia conocido toda su impaciencia.

—Seguramente, respondí, no cambiaremos de habitacion hasta que encontremos otra mejor; pero como no se encuentra sin buscarla, busquemos inmediatamente.

—En efecto, Magdalena, ganaremos en el cambio, porque fuera de la ciudad todo es mucho más barato que en el interior. Por el precio que pagamos por nuestro tercer piso, encontrare-

mos una casita con su jardincito. ¡Tener un jardín, era el sueño dorado de tu pobre madre! Hubiera podido proporcionársele, á no ser por la promesa que me exigió, así que tuvo que contentarse con algunos mústios ramilletes colocados en los jarrones azules de la chimenea. Tú tendrás la dicha de cuidar las flores en su mismo suelo, flores que te pertenecerán desde la hora del primer boton hasta su completa florescencia. ¡Cuánto vas á querer tu jardín!

—Ya le quiero, repliqué; así, que debeis buscarle cuanto antes, y os prometo no atormentaros otra vez por cambiar de habitacion.

Decididamente habíamos trocado los papeles, y padre llegó á persuadirse de tal modo de que hacía mi gusto al ceder á sus deseos, que al tomar el sombrero y el baston, me dijo aparentando la mayor seriedad:

—Está convenido, trataremos de encontrar el jardín para la señorita Magdalena, puesto que no hay más remedio que concluir siempre por acceder á sus caprichos.

No pude menos de reirme de esta singular complacencia, que consiste siempre en acceder á sus deseos.

La alegría que manifestaba mi semblante, recordó á padre la realidad de las cosas, y cuando iba á salir, se volvió de repente y me presentó su mano á besar, diciéndome:

—¡Picarilla!

Este es su modo de confesar que he adivinado su pensamiento, y de darme gracias por no haberle obligado á obrar de otra manera.

Sus pasos han durado hasta el miércoles último. A la hora de la comida ha entrado con aire de conquistador, diciendo:

—He arrendado para nosotros una bonita habitacion á las puertas de la ciudad. Magdalena, ya tienes tu jardín; la casa está desocupada y he tomado mis medidas para la traslacion: dentro de tres dias no viviremos ya aquí.

Al tercer dia, (ese dia es mañana).

15 de Octubre.—¡Ya estamos instalados en nuestra nueva casa!

Pero antes de conseguirlo, ¡cuántos cuidados! ¡qué de movimiento! ¡qué de paquetes que hacer! Aun estoy aturdida, ¡tengo fiebre! Mi cansancio es tal, que por esta noche tengo que contentarme con consignar con mucho laconismo los incidentes de un día tan interesante.

Allá en nuestra antigua casa hemos tenido una mañana laboriosa de idas y venidas, de completo desórden.

Padre, visiblemente contento con su cambio de existencia, parecia que habia recobrado las fuerzas de la juventud para ayudar á los mozos que hacian la mudanza, y se ocupaba con preferencia de sus preciosos lienzos.

¡Tenía razon; podia sucederles un contratiempo, y pende de ellos nuestro porvenir!

Yo dirigia todo lo demás, y no perdí más que dos veces la cabeza. La primera, cuando noté que á pesar de mis recomendaciones, habian quitado de mi habitacion el ramillete de boda de mi madre, que queria llevar yo misma, porque ¿á quién me atreveria á confiar tan sagrada reliquia? Por fin me lo devolvieron: y la segunda, cuando ví en el antepecho de la ventana los pajarillos de los tejados inmediatos que habia olvidado por primera vez. Naturalmente, tuve que bajar en busca del pan que estaba colocado ya en el carro de mudanza. El almuerzo de los pobres gorriones se ha servido algo tarde; pero al menos han tenido su pitanza. Mañana no estaré ya allí; mañana volverán; lo que habrán esperado en vano en nuestra casa, ¿lo hallarán en otra parte?

Mientras ha durado el movimiento en la casa, padre y yo hemos rivalizado en vivacidad, alegría y valor; salvo una ojeada triste dirigida aquí y acullá, tributo pagado á los recuerdos del pasado.

Pero cuando el albergue que íbamos á abandonar no representaba más que el vacío, cuando el carruaje que llevaba nuestros muebles se dirigia á la nueva habitacion, y yo dije: «¡Marchemos!»

Padre que me seguia y se preparaba á cerrar la puerta de la

escalera, se volvió de repente y me dijo visiblemente conmovido:

—Sigue, Magdalena; olvidaba alguna cosa aquí. Luego me reuniré contigo.

Volvió á entrar en la casa, y yo bajé con lentitud nuestros tres pisos, preguntándome qué podría haber olvidado, pues que despues de mi última revista de rincones y armarios, estaba segura de que nada quedaba de cuanto nos pertenecía.

Esperé un cuarto de hora largo, á la puerta de la calle, pero más inquieta por la tardanza de padre, que cansada de esperarle, tomé el partido de volver á subir, é hice bien.

Habia dejado la puerta entreabierta, y entré sin que me sintiera: un espejo que habia enfrente me representaba su imágen: estaba apoyado de codos sobre la mesilla de la chimenea con la frente apoyada en la mano; parecia abatido, desalentado. Sus miradas que estaban fijas sobre el papel y el lapiz que tenía en su mano derecha, me indicaban que acababa de dibujar ó de escribir: habia escrito.

Sorprendida de verle así, y temiendo ser indiscreta, no me atrevia á preguntarle, y hasta traté de volver á salir sin ruido como habia entrado, cuando mirando al espejo, me vió y me dijo:

—Has hecho bien en volver, Magdalena; á no ser por tí no sé cuándo hubiera vuelto á bajar. Muy lejos estaba de creer esta mañana que fuera tan difícil abandonar la casa vieja donde tanto se ha sufrido; para comprenderlo, es preciso hallarse en el último trance de abandonarla para siempre.

—Así, que os engañábais, padre mio, al suponer que habíais olvidado alguna cosa aquí; estaba bien segura que no dejábam nada.

—¡Niña! me dijo con un gesto de compasion, y para acabar la respuesta me enseñó el papel sobre el cual acababa de trazar los renglones siguientes:

«Los recuerdos del pasado, no se encierran únicamente en el corazón del hombre, se adhieren tambien á las paredes de su morada. Nadie puede decir que al dejarla, lleva todo consigo;

«al contrario, se deja mucho, y lo que se deja es una doble pérdida; porque los que deben reemplazarnos no se aprovecharán de ello, y los que salimos, no lo encontraremos en ninguna parte!»

Estas cortas líneas llenaron de amargura mi corazón; comprendí perfectamente que encerraban una alusión á la memoria de mi madre, y comprendí que tenía que pedir perdón á esta querida memoria, por la alegre frivolidad con que había dirigido los preparativos de la mudanza.

Me arrodillé para dirigir á tan sagrada memoria una corta plegaria; sentí mi conciencia aliviada del peso del remordimiento, y partimos.

Al llegar aquí, encontramos á nuestro amigo Everardo que no habíamos vuelto á ver desde hace quince días, que tomó posesión de su destino.

Venia con ánimo de asistir á nuestra instalación, y contribuyó con su presencia á disipar la nube que en la antigua habitación oscureció la frente de padre, porque respondió con cierto énfasis á las felicitaciones que nos dirigió por nuestra nueva estancia y con el justo orgullo del que ha conseguido una gran victoria.

—Sí; por fin tengo una casa decente, una morada digna de un artista. Esta no se parece al triste alojamiento donde mi vida estuvo condenada á una tarea ridícula, y mi nombre sepultado en la oscuridad. ¡Ah! Everardo, si tuviera veinte años menos, ¡qué reputación podría merecer! ¡qué fortuna podría alcanzar!

Enseguida, dejándose llevar por la legítima confianza que su talento le dá en el porvenir, repuso:

—Estoy convencido que no tendré que volver á mudar de vivienda; la casa que este año tomo en arrendamiento, la compraré el año próximo; Wagner de Viena, me facilitará los medios de pagarla: Everardo, seré propietario, y tendré el derecho de escribir encima de mi puerta:

«Casa de Joel Kress.»

Cuando padre se entregó á sus sueños de noble ambición,

participa de esa alegría infantil, amable y comunicativa, que conmueve las fibras del corazón de los demás, y sin embargo, Mr. Everardo no se ha sonreído al escucharle. ¡Cuánto á cambiado su carácter!

Everardo se despidió por fin.

Padre descansa rendido por las emociones y fatigas del día, y yo estoy en mi gabinete. Mi gabinetito es encantador, y para estar desde hoy completamente satisfecha en él, he hecho un esfuerzo para dejarle del todo arreglado.

Nada se ha perdido ni extraviado del modesto mueblaje que en la otra casa componía y adornaba mi habitación.

Tengo á mano y á la vista todo lo que me agrada; á pesar de eso me sorprendo muchas veces buscando un no sé qué, y cuando lo he encontrado, conozco que me falta aun alguna cosa. ¿Qué es pues? El hábito de ser feliz aquí.

Padre tenía razón; es inútil no olvidar nada; nunca puede llevarse uno todo consigo.

20 de Diciembre.—Hoy hace tres meses que Mr. Wagner de Viena, á su paso por esta, supo por nuestro amigo Everardo, que un gran pintor, llamado Joel Kress, vivía oscuramente con su sueldo de escribiente.

El perito en cuadros quiso ver las obras del artista, y el resultado de su visita fué la venta de la primer obra, y las más seductoras esperanzas para el porvenir. Desde aquel día cambió la faz de nuestra existencia, como cambian los aspectos de la naturaleza cuando el arroyo tuerce su corriente acostumbrada. Sin duda lo que nos espera es mejor que lo que poseíamos antes de la visita de Mr. Wagner; pero entonces no ambicionábamos un día diferente del que le ha precedido, y me parece que es bastante, tener lo necesario.

Tiempos atrás, no contábamos más que con nosotros mismos, y cumplidas nuestras obligaciones continuaba el bienestar en la casa, ayudado de una prudente economía. Este bienestar no depende ya solamente de nosotros; es preciso que un extraño se ocupe de él, para que mis modestas aspiraciones caseras se rea-